

Selecta

**PATRICIA
ALEJANDRA
CORIA**

**Sinfonía para
mis heridas**



Sinfonía para mis heridas

Patricia A. Coria

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A un hada madrina que un día de junio, frío y lluvioso,
me tocó con su varita, invitándome a escribir.
A mi familia, que me enseñó a perseguir los sueños,
sin jamás bajar los brazos.
A mi esposo y mis hijas, mis puertos seguros.
A la Reina de la Paz, que me sostiene e ilumina.*

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por un autor latino, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y, ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

¿Habr  el tiempo firmado un pacto con los secretos y misterios de esta vida, asegurándose así que nada permanezca eternamente oculto?  Para que las más viles traiciones, los engaños y aun la más piadosa de las mentiras, tarde o temprano, vean la luz; sin medir consecuencias en aquellos a los cuales le son arrancadas sus máscaras, ni en los que -buscando o no la verdad- inexorablemente deban enfrentarse a ella?

Capítulo 1

Buenos Aires, diciembre de 1983

Sin siquiera imaginar que ese día su vida comenzaría a dar un giro inesperado, Mariana disfrutaba su primera jornada de soledad en el amplio piso que compartía con sus padres, quienes habían partido rumbo a Europa a celebrar un nuevo aniversario de casados.

Había hecho planes para disfrutar ella también de esas semanas que quedaban por delante: horas frente a su piano, sin las inoportunas interrupciones de su madre; algunas salidas con su grupo de amigos y compañeros del Conservatorio de Música, y esa tan postergada tarde de películas y pochoclos con Paula, su amiga del alma, para la que, bien sabía, tendría que negociar con Leandro. No sería tarea fácil; su novio era demandante y celoso del poco tiempo que su trabajo le dejaba libre para compartir con Mariana.

Recostada en el sillón, bebiendo un licuado de frutillas, ananá y un toque de jengibre que Rosalía -quien trabajaba en la casa desde que ella era muy pequeña- le había preparado antes de retirarse, observaba desde el inmenso ventanal del *living* el embotellamiento de tránsito que, al caer la tarde, obstruía la avenida las Heras. Buenos Aires hervía en ese día húmedo de finales de primavera. Sin advertirlo, fue cayendo en un sopor que la sumió en un sueño profundo y tranquilo.

El sonido del teléfono la despertó de repente, confundida al ver el departamento a oscuras; había perdido la noción del tiempo. Se levantó trastabillando, imaginando que sería Paula para ultimar los detalles de la cena programada para el día siguiente.

-Hola... -dijo aún medio dormida, sin disimular el bostezo. No era necesario guardar tantas normas de cortesía con su amiga y confidente.

-*Buenas noches. ¿Hablo con Mariana Urrutia?* -La voz masculina se oía nerviosa y lejana.

-Sí, soy yo, ¿quién habla? -preguntó restregando sus ojos para salir de la modorra de esa tardía siesta.

-*Mi nombre es Javier. Necesito hablar con vos, sé que te sonará extraño porque no nos conocemos; aunque hace algún tiempo que yo supe de vos y decidí buscarte. No quiero asustarte, pero necesito verte, contarte cosas que nos involucran a los dos.*

-Creo que te equivocaste de número. -Estaba a punto de cortar cuando oyó del otro lado del teléfono el grito que intuyó desesperado.

-*¡Por Dios, no cortes, Mariana! Debemos hablar urgente, antes de que sea tarde. Ya voy a explicarte todo y vas a poder comprobar que no te estoy mintiendo.*

-¡Dejá de hablar pavadas! No sé quién sos ni me interesa. No vuelvas a molestarte.

Luego de cortar la comunicación, un repentino desasosiego la dejó como ausente, con el tubo aún

en su oreja y enrollando, nerviosa, el cable en uno de sus dedos. Finalmente, desconectó el teléfono, temblando de miedo. Encendió las luces, comprobó que la puerta estuviera cerrada con llave y trabó todas las ventanas. Intentó serenarse preparando el jacuzzi para darse un baño con sales relajantes; ese llamado inoportuno le había cambiado el humor.

Una sensación de extraño temor le oprimía el pecho, aguijoneando su mente con recuerdos y dudas que nunca había querido enfrentar. Cerró sus ojos, se hizo un bollito en su cama, como cuando de pequeña una tormenta la asustaba. No quería pensar, ansiaba dormir, dormir profundamente.

El ruido en la cerradura de la puerta de entrada interrumpió el sueño profundo en el que finalmente había caído, luego de una noche inquieta, en la cual ni la lectura ni las palabras cruzadas que tanto la hacían aislar del mundo habían logrado aquietar sus pensamientos.

Se asomó al pasillo y comprobó que era Rosalía, quien traía un paquete de su confitería preferida; seguramente le habría comprado medialunas para el desayuno. «Rosalía es un sol, pero si esto comienza así, cuando vuelvan del viaje, me van a encontrar rodando», pensó imaginando la mirada de su madre, quien, tan obsesiva como era con su figura, vivía controlando la dieta de su hija.

Corrió a arreglarse, recordando que no había preparado su ropa como hacía habitualmente para no salir a las apuradas por las mañanas. Odiaba esos descuidos que le alteraban sus rutinas tan estructuradas. El espejo del baño le reflejó a una Mariana ojerosa y pálida. Sus ojos color miel, de mirada vivaz y chispeante, habían perdido brillo; su largo cabello, que lucía siempre impecable, era un revoltijo de hebras castañas. Era evidente que la noche anterior había hecho estragos en su ánimo y aspecto. Al verse así, se reprochó haber sucumbido a tanta ansiedad por un llamado que nada le había revelado, que seguramente no tenía nada para revelar. No iba a ser presa fácil de alguna broma de mal gusto o una de esas trampas mediante las cuales intentaban sacar información para luego planificar un robo.

Al entrar a la cocina, encontró a Rosalía aguardándola con un humeante tazón de café con leche, jugo de naranjas recién exprimidas y las medialunas aún tibias. Marianita, como ella le decía, era un poco su niña. A la noble mujer, la vida le había negado la posibilidad de convertirse en madre, y se había prendado de Mariana desde el día en que su patrona volvió de la clínica con su tesoro en brazos.

-¡Buen día, Rosa! ¡No podés con tu genio!, ya comenzaste a malcriarme nuevamente -la saludó con una amplia sonrisa y un sonoro beso.

-¡Buen día, mi chiquita! Estás preciosa, pero tenés una carita que no sé en qué festichola habrás andado anoche. Cuidate, Marianita; ya sé que sos grande y no te gustan los sermones, pero estás acá solita y no quiero que te pase nada malo -le aconsejó acariciando el cabello suave y brillante que tantas veces le había cepillado de pequeña.

-Quedate tranquila, sabés que yo me cuido. Estuve preparando una clase hasta muy tarde y practicando con el piano; me acosté a la madrugada -mintió apurando su taza y devorando una

medialuna mientras se colgaba la cartera al hombro. Ya estaba algo retrasada.

El sol de principio de diciembre anticipaba un verano de fuego. Mariana había anhelado durante todo el año esos días largos de calor, luminosos, intensos, alegres y coloridos, en los que el aire olía a jazmines y frutas frescas.

Con su ánimo más recuperado, caminó luciendo ese hermoso vestido blanco de bambula y puntillas que su madre le había comprado, con sus zapatos turquesa, cartera al tono y un perfume a flores silvestres que le daba aún más frescura a su juventud.

Una vez más, al cruzar la Plaza Houssay, miró la fachada de la Facultad de Ciencias Económicas con ese orgullo y emoción que sentía por su padre, que había egresado de allí hacía ya unas cuantas décadas. Pensó en cuánto lo extrañaba, a pesar de que hacía casi nada que se habían ido.

Aceleró el paso hasta llegar al Conservatorio. Sería un día largo, pero la entusiasmaba la cena que aún restaba terminar de organizar con Paula y, si Leandro tuviera un ratito libre, quizás podrían almorzar juntos. No parecían quedar rastros de la ansiedad que tanto la había inquietado.

*...Un día, un dulce día, con manso sufrimiento
te romperás cargada como una rama al viento
y será el regocijo
de besarte las manos, y de hallar en el hijo
tu misma frente simple, tu boca, tu mirada
y un poco de mis ojos, un poco... ¡casi nada!...*

José Pedroni

Capítulo 2

Mendoza y Buenos Aires, años 1935 a 1950

Desde el patio repleto de plantas y una parra que en breve debería ser podada, se podía sentir el delicioso aroma proveniente de la cocina.

Mercedes se ufanaba en la preparación de los dulces, que luego almacenaría en grandes tinajas de vidrio, para ir consumiendo a lo largo del año. Mientras la carne de los membrillos hervía, formando abundante espuma en una gran cacerola de bronce, filtraba el jugo de los corazones de los frutos con un lienzo blanco destinado exclusivamente para la preparación de la jalea. Debía estar sumamente atenta hasta llegar al punto de cocción de la mermelada, para separar la porción que debería seguir un rato más al fuego para lograr convertirse en un dulce compacto, luego de ser enfriado en un molde. Entretanto, sobre la larga mesa de madera, descansaba una olla humeante con la mermelada de uvas recién cocinada.

-Por hoy es suficiente -exclamó Mercedes secándose la frente perlada de sudor luego de pasar tantas horas entre las hornallas. Su inmensa panza le dificultaba cada vez más hacer las tareas habituales, pero no estaba dispuesta a renunciar al goce de la preparación de sus famosos dulces.

-Ya te he dicho una y mil veces que no debías enredarte con la cocina. ¡Tenés que descansar, mujer! -protestó Carmen, su hermana, que había venido desde San Juan a cuidarla en los últimos meses de embarazo.

-No me retes más, sabés cuánto me aburro tirada todo el día como si estuviera enferma. Bastante que me aguanté no haber podido ir a la procesión de la Virgen de la Carrodilla en esta última Vendimia -se quejó con su ceño fruncido y removiendo con furia la larga cuchara de madera.

-Mejor ni hablar del tema, que me volviste bien loca desde que llegué. Entendé que, estando gruesa, tenés que cuidarte. El médico ya te dijo que debés descansar más horas, y supongo que no querrás volver a pasar otra vez por el mismo sufrimiento. -Carmen intentaba hacerla entrar en razones y que se fuera, de una vez por todas, a la cama.

-Ya, ya. Tenés razón, voy a recostarme hasta la hora de la cena. -Se resignó quitándose el delantal con pechera manchado de jalea y frutas, que destacaba aún más el avance de su estado.

Varias semanas pasaron hasta esa tarde fresca de principios de junio en que Mercedes comenzó a sentir fuertes puntadas en su vientre. Ya no sentía el mismo ánimo y valentía de los días anteriores. Los fantasmas de su embarazo anterior regresaban con fuerza a llenarla de temor. Aquella vez, todo había sido diferente, apenas habían transcurrido cuatro meses cuando una hemorragia la despertó de su siesta, sumiéndola en la más profunda tristeza al ver su ilusión hecha pedazos. Ahora estaba ya en su noveno mes y, a pesar de que no había cumplido al pie de la letra las

indicaciones de un mayor reposo, tal como le había indicado su médico, todo se desarrollaba normalmente. Las contracciones eran cada vez más seguidas y prolongadas.

-Creo que está llegando la hora, Carmen. Por favor, andá a buscar a doña Genoveva -le pidió agitada. Su rostro había empalidecido de repente.

-Acostate y tratá de estar tranquila. Corro a buscarla, pero antes le aviso a Aurora para que no te quedes sola. -Su hermana largó la costura que tenía entre manos y, acomodándose el cabello con sus dedos, fue hasta la casa vecina, donde vivía la amiga de Mercedes.

La comadrona la encontró llorando y doblada de dolor.

-Vayan a avisarle al esposo. Este niño no creo que tenga paciencia de esperar a que su padre vuelva de trabajar -les pidió a las mujeres dando unas palmaditas en las manos de la futura madre, que temblaban apoyadas en su vientre, intentando darle ánimos.

-¡Voy yo! Vos sabés dónde están todas las cosas necesarias y vas a ser más útil acá -se ofreció Aurora guiñándole un ojo a Carmen. Ambas sabían que la parturienta desde muy niña había buscado la protección de su hermana mayor.

Mientras Carmen ponía a hervir las ollas con agua, su amiga corría las casi diez cuadras desde la casa hasta la calle Perú, donde estaban las oficinas del ferrocarril.

-Don Eusebio, lo busca una señora; Aurora dijo llamarse. -Se acercó presurosa la empleada de la recepción.

-Gracias, Josefa. Dígale, por favor, que ya la atiendo. -Supo que el momento había llegado. Apenas acomodó un poco los papeles de su escritorio, buscó su saco en el perchero y salió nervioso a su encuentro.

-¡Vamos, Eusebio, Merceditas está en un grito! Vamos, que ya llega el niño, o niña, lo que Dios quiera que sea.

-Sí, yo voy corriendo. Usted vaya más tranquila, Aurora, que el corazón se le va a salir del pecho de lo agitada que está. -El futuro padre no podía disimular su ansiedad.

Al atravesar el jardín, percibió un olor penetrante a desinfectantes y alcohol, junto a los quejidos de su esposa y el grito prolongado causado por la que sería su última contracción. Doña Genoveva, casi sentada en esa panza redonda y dura, gritaba:

-¡Vamos, Merceditas, vamos que ahí viene! ¡Un pujo más, vamos, fuerza! -Con la práctica y experiencia de tantos años de oficio, volvió a presionar su vientre y, al volver a pararse frente a la parturienta, pudo ver asomar la cabecita mientras la madre pujaba, ya exhausta, con el resto de fuerzas que le quedaban y su rostro contraído y bañado en sudor. Carmen le alcanzó las sábanas y el agua preparadas, y, en muy pocos minutos, un llantito, como el berreo de un corderito, colmó de alegría la habitación.

-Bien machito le ha salido. Este crío parece ya de tres meses; será fuerte y bravo. Prepárese, Merceditas, ¡este niño se las trae! -gritó sonriente y mostrándole a su pequeño amoratado y aún sucio, que movía sus bracitos y piernas como queriendo nadar.

La comadrona terminó su tarea, limpió al bebé con la ayuda de la emocionada tía y se lo

entregaron a su madre, que no cesaba de llorar de felicidad mientras contaba todos los deditos de sus manos y pies regordetes para asegurarse de que todo estuviera bien.

Eusebio entró al cuarto matrimonial con la mirada empañada de emoción. El cuadro no podía ser más sublime: su esposa miraba embelesada a ese torito que se había agarrado con fuerza a su pecho, mientras que con una manito encerraba uno de los dedos de su madre, como para que no se le escapara de su lado. Elevó su mirada, agradeciendo a Dios su inmensa fortuna, y besó con amor la cabeza de Mercedes y la coronilla de su precioso niño. En la habitación, solo se escuchó el susurro que, junto con un contenido llanto, salió más del alma que de la boca de Eusebio:

-Soy el hombre más feliz del mundo, Mercedes.

La vida en la casa de la familia Urrutia giraba en torno al pequeño Augusto, que crecía fuerte y hermoso gracias a la leche materna que devoraba con fruición. Él marcaba los tiempos a su antojo. Su llanto, cuando reclamaba el alimento, llegaba a sentirse desde el jardín que precedía la casa. Allí se dormía cuando él lo decidía; había noches en las cuales su madre lograba descansar varias horas, y otras en las que ninguno podía pegar un ojo, ya que nada calmaba sus quejas.

-Este chico les va a sacar canas verdes, ya se van a acordar de lo que les digo. Es vigoroso y con carácter ya de chiquitín. Si no se ponen firmes desde que comience a gatear, se los pondrá a todos en el bolsillo -les advirtió el médico en su última visita, observando a sus padres por encima de sus pequeños lentes.

-Sí, es fuerte y vivaracho, pero mírelo qué comprador, doctor; nadie podría resistirse a esa sonrisa. -La madre lo defendía con la mirada arrobada por ese bebé robusto que manoteaba todo lo que estaba a su alcance sobre el escritorio del consultorio.

La velocidad con la que crecía el niño era proporcional a la debilidad que las incesantes hemorragias provocaban en su madre. Luego de varios estudios, el médico comprobó que se habían formado adherencias en su útero y le aconsejó que no tuviera más hijos; podría ser muy riesgoso afrontar un nuevo embarazo. Mercedes asumió con tristeza la noticia, pero con solo mirar a su pequeño, hallaba el consuelo necesario.

Augusto fue creciendo en altura y desarrollando una inteligencia sorprendente. Con sus enormes ojos negros y unas pestañas largas y tupidas, que cualquier mujer envidiaría, observaba todo a su alrededor.

Cuando comenzó a hablar, sus padres saciaban sus pedidos antes de que él pudiera pronunciar palabra. Fueron sus primeros adoradores; Augusto era el objeto de su devoción, y a sus pies ponían la vida entera.

El niño estaba por cumplir diez años cuando a Eusebio le ofrecieron un ascenso.

-Hoy recibí una sorpresa del señor Otero -le anunció a su esposa mientras almorzaban-. Me propuso el cargo de Jefe de Oficina, pero con traslado a Buenos Aires, parece que a la Estación Villa del Parque. No sé muy bien dónde es; me dijo que en la Capital y que es un barrio muy pintoresco. Para nosotros, sería una buena oportunidad; el sueldo sería casi el doble. ¿Te animarías a dejar Mendoza? Yo pienso sobre todo en Augusto; cuando sea más grande, allí tendría

más posibilidades para estudiar y progresar. -Eusebio la miraba expectante, con sus propias dudas sembradas en sus ojos.

Mercedes suspiró observando la inmensa cocina donde tantos hermosos momentos habían compartido. Pensó en su jardín repleto de rosas, jazmines y azaleas que cuidaba con esmero, en la parra que les daba sombra y sosiego en los días calurosos, en los tilos que ella misma había plantado en la vereda y que perfumaban las noches de verano, con ese aroma fresco que tanto le gustaba. Amaba esa casa de espacios amplios y luminosos, donde su hijo había llegado al mundo y dado sus primeros pasos. Dudó en un silencio indescifrable para su esposo, que la observaba revolver la comida en su plato, sin probar bocado.

-No puedo oponerme a tu progreso, Eusebio. Hace años que venís esforzándote en tu trabajo. Además, tenés razón; Augustito va a tener acceso a muchas más posibilidades. Y tampoco estaríamos tan solos; mi hermano y su familia ya están muy afianzados en la Capital.

Al cabo de unos meses, la familia se mudó a Buenos Aires y logró una posición económica más holgada, que les permitió ahorrar lo suficiente. Así, compraron un terreno cerca de su casa y le aseguraron a su hijo la posibilidad de tener su techo propio. Los sueños, esfuerzos y proyectos de esa familia tenían un nombre: Augusto Urrutia.

Capítulo 3

Buenos Aires, diciembre de 1983

Mariana buscó en su cartera las últimas fichas de teléfono que le quedaban. La clase se había retrasado y necesitaba confirmar con Leandro si pasaría a buscarla para almorzar.

Apenas la recepcionista del Estudio le pasó la llamada, su novio la atendió con un tono que ella adivinó de reproche.

—¡Al fin, Mariana! Anoche me cansé de llamarte; me preocupó que no me atendieras, sabiendo que estabas sola en tu departamento —le dijo mientras firmaba los documentos que su secretaria le había dejado sobre el escritorio.

—Hola, amor. Estuve en casa, no salí a ningún lado —respondió intentando sonar despreocupada.

—Hoy a la mañana, luego de varios intentos, me atendió Rosalía y me contó que el teléfono estaba desconectado. Se dio cuenta al pasar la aspiradora por la alfombra del living, ¿raro, no? —Levantó una ceja en un gesto de desconfianza, como si su novia pudiera verlo.

—Ah, quizás se desenchufó ayer cuando corrí los muebles buscando unos papeles que creía perdidos —mintió mientras golpeaba nerviosa el disco del teléfono.

—Si estás libre paso a buscarte y vamos juntos a comer algo antes de ir a reunirme con un cliente, y de paso hablamos.

—Sí, te espero en la puerta del Conservatorio. Después charlamos más tranquilos; no tengo más fichas y temo que se corte la comunicación. Besos. --Colgó el auricular exhalando un suspiro de alivio luego de tener que haber dado tantas explicaciones.

Había pasado ya algo más de un año desde aquella recepción que el padre de Mariana y Federico, su socio, habían organizado para inaugurar las nuevas oficinas de su Estudio.

Ocupaban dos suntuosos pisos en un edificio recién construido sobre la Av. Callao, en cuyo hall de entrada se destacaba una soberbia placa de mármol de Carrara que rezaba "Estudio Urrutia & Bianchi-Contadores Públicos-Asesores Financieros".

Leandro había ingresado a trabajar con ellos unos meses antes, luego de graduarse con uno de los mejores promedios de su Facultad. Tanto Augusto como Federico lo habían seleccionado, no sólo por los resultados obtenidos en el examen especialmente preparado por ambos, sino por la personalidad que demostró en la entrevista con un profesional en Recursos Humanos. La inmensa ambición que habían revelado los tests, era el ingrediente necesario para poder soportar la exigencia laboral.

Cuando en dicha inauguración Augusto Urrutia le presentó a su familia, Leandro vio en Mariana las puertas de entrada al paraíso. Su cuerpo esbelto y delicado a la vez, esa mirada dulce y dorada como la miel, su rostro de expresión serena y alegre, se sumaron al insoslayable atractivo de ser la hija de uno de sus jefes. Supo entonces que esa sería su noche de suerte. —Vení conmigo que voy a presentarte a mis chicas. —Pasando el brazo por el hombro de su empleado, lo condujo hacia donde Mariana conversaba con su madre.

—Ellas son Julia, mi esposa y Mariana, mi hija. Les presento a Leandro Mansilla, mi brillante colaborador —dijo riendo y extendiendo su mano hacia el muchacho como haciéndole una reverencia. —¡El famoso Leandro! —exclamó Julia con una cálida sonrisa, tomando la mano que él le tendía, que la mujer advirtió suave y muy bien cuidada.

—Encantado, Julia; al fin nos conocemos. —Fingió un interés que no tenía. —¿Las tenías bien escondidas a tus bellezas, no Augusto? ¿Cómo estás Mariana?

—¡Hola!, ¿cómo estás? —La joven percibió el penetrante aroma a perfume importado y la mirada osada que fijó en el escote que su vestido de seda natural color champagne remarcaba, sintiéndose molesta por la confianza con que le tomó la cintura al estamparle un sonoro beso en la mejilla.

—Disculpen, voy a saludar a Ana que acaba de llegar —se excusó deseosa de escaparse de ese petulante, que intuyó se estaba congraciando con su jefe.

Mariana aún sangraba la herida por la reciente ruptura con Rodrigo, quien había comenzado su residencia en un reconocido hospital de Madrid. Si bien ella recién iniciaba su carrera en el Conservatorio de Música, no había soportado la idea de irse del país y alejarse de su familia, en especial de su padre, por quien su idolatría se había hecho evidente desde muy pequeña.

Leandro Mansilla no tardó en convertirse en la mano derecha de Augusto, tomando a su cargo la cartera más importante de clientes del Estudio. Le asignaron un equipo de trabajo, lo que no sólo incrementó los ingresos del ascendente Contador, sino también su prestigio y experiencia. No había reunión social o fiesta organizada por sus jefes a la que no fuera invitado, y así los encuentros con Mariana comenzaron a hacerse más frecuentes.

La espontaneidad de su sonrisa, su simpatía y buen humor, sumados a esa penetrante mirada verde azulada, su elegancia innata, largas conversaciones sobre música y esmeradas atenciones, poco a poco fueron cambiando la impresión que, al conocerlo, había provocado en la muchacha. El interés que Leandro fue despertando en ella, la fue ayudando a recuperar la alegría y la necesidad de dejar atrás el pasado.

Y allí estaba ella ahora, aguardando al hombre del que se había enamorado perdidamente.

Mientras compartían una copa helada, decorada con frutos rojos y un aromático chocolate, Leandro volvió sobre el tema de la noche anterior.

—Ayer me preocupaste mucho. No me gusta que pases tanto tiempo sola. Estuve pensando en quedarme con vos en el departamento; te conozco bien y sé que si desconectaste el teléfono fue porque sentías miedo y te pondrías peor si algún llamado te sobresaltaba mientras dormías.

—¿Por qué sospechás que yo desenchufé el aparato? Me quedé despierta hasta muy tarde preparando una clase de solfeo que debíamos dar hoy con Daniela, mi compañera. El edificio tiene seguridad, y sólo el hombre araña podría treparse hasta el séptimo piso. No me va a pasar nada por quedarme sola unas noches; además ¿vos querés que mi papá me mate si cuando vuelven se enteran que estuvimos durmiendo juntos en mi propia casa? —trató de convencerlo sin mirarlo a los ojos.

—Si somos cautos, no tiene por qué enterarse —argumentó Leandro mientras reservaba las cerezas a un costado del plato; eran la debilidad de Mariana.

—¿Me estás hablando en serio? Rosalía es peor que la Interpol; aunque te fueras una hora antes de que llegara ella por la mañana, estoy segura que nos descubriría. Además, conocés la discreción de José; no hay movimiento del edificio que se le escape. No, Leo, dejá las cosas así. No nos busquemos problemas. —La idea la excitaba, pero temía el escándalo si su familia llegaba a enterar

Leandro se percató del brillo y la mirada de deseo de su novia. Observándola saborear las frutas que humedecían sus labios, tiñéndolos de un color rojizo, una puntada lo aguijoneó en su entrepierna. Se imaginó disfrutando de esa boca que lo tentaba, gozando la noche entera del cuerpo de Mariana. Había caído en su propia trampa; ya no podía imaginar su vida lejos de ella.

—No sabés cuánto te deseo. Si no tuviera una cita por un tema que tu viejo me encomendó muy especialmente, hoy te quedarías sin la cena con Paula, Rosalía mañana tendría el día franco y sería yo quien desconectara el teléfono, para que nadie nos interrumpiera --le susurró con voz ronca

Ella miró a su alrededor, como temiendo que alguien descubriera la mirada ardiente de Leandro.

Desde una mesa cercana, un muchacho observaba a la pareja de enamorados. Mariana advirtió que estaba siendo vigilada; sintió esa mirada que se clavaba en su rostro con una expresión que no fue capaz de descifrar.

Recordando aquel llamado, se sintió inquieta y quiso irse de allí cuanto antes.

–Vayámonos ya, amor. Se te hace tarde y además Paula me espera en su trabajo para organizar la comida de esta noche.

–Sólo si me prometés que vas a pensar en lo que te dije –le pidió besando suavemente sus labios.

–Vamos, Leo –respondió mientras se levantaba ansiosa por salir del restaurante.

Cruzaron la calle, hasta el lugar donde el auto había quedado estacionado. Mariana se negó a girar su cabeza, no quiso ver cómo, a través del vidrio, la observaban partir.

Capítulo 4

Buenos Aires, años 1959 a 1962

Augusto Urrutia se sacudía la lluvia de harina y huevos con que sus amigos y familia celebraban, con gran bullicio, la excelente nota con la que acababa de aprobar el último examen de su carrera. Al fin cumplía su sueño: se convertía en Contador Público.

Desde que iba a la escuela había demostrado su predilección por las matemáticas y su rapidez mental para resolver problemas y desafíos.

No le gustaban los grises; todo para él era blanco o negro. Siempre tenía una respuesta, la cual casi nunca admitía discusión. Y quizás fue ese rasgo de su personalidad lo que determinó su vocación profesional.

A sus veinticuatro años ya se había posicionado en el mercado laboral. Mientras estudiaba, había ingresado en una fábrica de pinturas, de un conocido de su padre. Al principio le había costado adaptarse a una realidad que para él era desconocida: recibir órdenes e, indefectiblemente, tener que obedecerlas. Con su carácter extrovertido y su habilidad para superar cualquier obstáculo, pronto su patrón vio en él un gran potencial; aquel que en poco tiempo le obtuvo el puesto de encargado administrativo que, por trayectoria y años de trabajo, sus compañeros creían merecer. A Augusto, el rencor que había despertado no le hizo mella; él no era un mediocre y estaba dispuesto a triunfar a cualquier precio.

Julia no podía contener las lágrimas por la emoción de ver a su novio recibido. Tantas veces habían imaginado juntos ese momento de gloria, en el que el futuro abriría para ellos grandes posibilidades de progreso.

El flamante Contador planeaba ejercer su profesión en forma independiente y renunciar a su trabajo en la pinturería. Ya había establecido algunos contactos con potenciales

clientes que, entusiasmados con la capacidad de la que Augusto hacía alarde, estaban dispuestos a cambiar de asesor contable-financiero. La ética profesional no era un valor que Augusto abrazara. Su lema era: "que gane el mejor", y lo aplicaba en todos los aspectos de su vida.

La modista acomodaba la cola de tul del vestido de Julia. El velo que cubría su rostro angelical no lograba ocultar la emoción que llovía de sus ojos. Cuando las puertas de la Iglesia se abrieron, el brazo de su padre la guió lentamente por el largo pasillo que la llevaría a la cima de sus ilusiones. Augusto lucía radiante; en su mirada se reflejaba la felicidad y el amor que sentía por esa mujer, por quien había dejado atrás las noches de juergas y polleras con su barra de amigos.

Hacia finales de la primavera de 1960, una nueva vida comenzaba para ellos. Ni en sus sueños más ambiciosos hubieran imaginado lo que el futuro les tenía preparado.

Su flamante esposa sentía una profunda admiración por Augusto, que se mostraba siempre cariñoso y atento a todas sus necesidades. Era un trabajador incansable y, aunque muchas veces Julia hubiera deseado tenerlo más tiempo en casa, comprendía cuán importante eran para él su profesión y progreso. Siempre le repetía que era en esos primeros tiempos cuando más ahínco debía poner en posicionarse en su carrera.

Y eso era la vida para ese hombre insaciable de ambición: una carrera feroz.

La recepcionista del Estudio de Augusto entró en su despacho anunciándole el llamado de Federico Bianchi. Habían estudiado juntos las últimas materias de la carrera, haciéndose muy

compinches. Al graduarse, cada uno fue tomando su camino y los encuentros se fueron haciendo cada vez más esporádicos. Hacía ya unos años que no sabían nada el uno del otro, por lo que se alegró de tener nuevamente noticias tuyas.

—¡Qué alegrón, Fedé! Tanto tiempo que no hablamos, hacen ya como dos años que no nos contactamos. No sé, perdí la cuenta.

—¡Hola, compañero! Esta profesión es una locura, no nos deja tiempo ni para los amigos. Aunque a decir verdad, bien podríamos habernos hecho por lo menos un llamado.

—¿Qué contás, che? ¿Seguís con el tema de las exportaciones o ahora laborás? — bromeó Augusto riendo.

—¡Sos jodido, eh! No cambiás nunca. Justamente por algo de eso te llamo. Mirá, no te voy a andar con vueltas. Estoy con muchísimo trabajo; como siempre, sigo atendiendo a esas empresas, pero fui tomando más clientes y la verdad es que se me está yendo todo un poco de las manos. Tengo algunos chicos estudiantes colaborando en el Estudio, pero indefectiblemente todo termina pasando por mí, al ser el único que tengo firma. Me gustaría que nos juntáramos a charlarlo personalmente; pensé en ofrecerte si te interesa que nos asociemos, que trabajemos juntos. Nos conocemos y creo que puede funcionar —le propuso Federico.

—Me agarrás en frío, amigo. No suena mal, pero no puedo darte una respuesta. Lo tenemos que hablar bien, ver las condiciones y evaluarlo —respondió garabateando con su bolígrafo dorado en un block de anotaciones, como hacía cada vez que hablaba por teléfono.

—Si estás de acuerdo, mañana a la noche vamos a cenar y charlamos tranquilos. ¿Cómo anda Julia? ¿Agrandaste la familia?

—Bien, muy bien. Por ahora seguimos siendo dos. Ahí estamos, en la búsqueda. Bueno, de acuerdo; mañana me queda bien. —Su tono cambió ante esa última pregunta. Había comenzado a preocuparlo el paso del tiempo sin que Julia lograra embarazarse.

—En el Club Español a las 21, ¿te parece? —Advirtiendo un dejo de tristeza en la voz de su amigo, prefirió no continuar el tema.

—Perfecto, nos vemos.

Augusto colgó el auricular, giró en su sillón y su mirada se perdió en el cielo rojizo de ese atardecer, que el amplio ventanal le ofrecía como un bello cuadro. Su mente estaba lejos, en un futuro que parecía presentarle nuevos caminos, quizás atajos que lo acercaran más rápidamente a las metas tan soñadas.

Julia elegía la corbata que mejor combinaría con el traje gris de alpaca de su esposo y la camisa de finas rayas que acababa de comprarle, cuando un mareo repentino la obligó a sentarse en el borde de la cama. Hacía ya unos cuantos días que se sentía muy cansada y había pensado en proponerle a Augusto tomarse algunos días para cambiar de aire. Ese verano no habían salido de vacaciones; aún en marzo los días eran cálidos y la costa ya no estaría tan atestada de gente.

Entusiasmada con la idea, se sintió recuperada y se levantó para buscar los zapatos y las medias al tono, que completarían el equipo que su marido vestiría al día siguiente. Sin embargo unas fuertes náuseas la obligaron a correr al baño, provocándole vómitos y arcadas.

No quería ilusionarse con lo que esos síntomas podrían estar anunciándole. Ya había sufrido algunas decepciones, aunque esta vez algo parecía diferente. Una desconocida sensación en su cuerpo y en su ánimo la invitaba a aferrarse a un nuevo anhelo.

Guardaría sus expectativas en secreto; bastantes obligaciones tenía Augusto como para generarle una esperanza que podría desvanecerse como agua entre los dedos.

Llamó a su médico y concertó una entrevista para el día siguiente.

Recostada en la camilla observaba el rostro del doctor, buscando en él una esperanzaa.

–Relájese Julia, no se ponga tensa porque no la puedo revisar.

–Perdón, pero es que me carcome la ansiedad; no quisiera que esta vez sea como tantas otras. Ya llevamos bastante tiempo buscando –explicó mientras intentaba aflojarse, cerrando sus ojos y dejando caer sus brazos a los costados de la camilla.

–Tiene que estar tranquila y ser paciente, aunque me parece que esta vez vamos a tener éxito, mi querida; su útero se palpa bien redondeado. Por supuesto que le voy a indicar unos análisis para estar seguros. –Le sonrió mientras se quitaba los guantes.

–Sería tan feliz, doctor. No sé cómo voy a hacer para que no se me noten los nervios. Hasta no tener certezas, no abriré la boca. –La mirada se le empañaba mientras se vestía, imaginando su vientre creciendo.

–Acá le entrego la orden; vaya mañana mismo al laboratorio. Con el retraso que tiene, los resultados van a ser confiables. –Le tomó las manos entregándole la receta. Comprendía la ilusión que Julia sentía; tantas veces la había visto llorar de decepción en ese mismo consultorio.

– En cuanto los tenga se los traeré.

–¿Me va a decir que no los va a leer antes? En mis años como obstetra no conocí mujer que no lo haga –la desafió riendo.

–Por supuesto que no voy a poder evitarlo, pero vendré igual para traérselos; aunque cuando abra su puerta verá en mi rostro la respuesta, para bien o para mal. –Lo saludó torciendo su cabeza mientras esbozaba una sonrisa de esperanza.

El taxi paró en la puerta del laboratorio a las cinco en punto, horario a partir del cual la verdad estaría esperándola. Julia se demoró en entrar; el temor de una posible frustración le paralizaba el cuerpo y aceleraba sus latidos. Se sintió tan sola y desprotegida que lamentó no haberse sincerado con su esposo y tener un brazo donde apoyar sus miedos.

Tomó coraje, entró y con manos temblorosas entregó su comprobante a la secretaria, que buscó en un cajón el número de protocolo, donde una simple palabra elevaría a Julia a la felicidad más absoluta, o la arrojaría a un abismo cuyas profundidades ya conocía.

Salió con el sobre apretado contra su pecho y, sin ser capaz de esperar un segundo más, lo abrió. Sin aliento apoyó la espalda contra la pared. No percibía nada a su alrededor; ni el tráfico incesante con sus bocinas y frenadas, ni las voces y pasos de la gente que caminaba a su lado, ni la tenue lluvia que había comenzado a caer y mojaba su rostro y su cabello. Necesitaba volver urgente a su casa.

Augusto llegó esa noche un poco más tarde de lo habitual. Dejó su maletín en el sillón del living mientras aflojaba su corbata y se quitaba el saco. Lo sorprendió la voz de Frank Sinatra, sonando suave a esas horas. Entró al comedor, donde unas velas encendidas daban vida a los candelabros de plata labrada que sólo usaban para ocasiones especiales; un jarrón de rosas blancas y rosadas perfumaban el ambiente; en la mesa lucía un mantel bordado a mano con la vajilla de porcelana inglesa que Federico Bianchi les había traído de su último viaje a Europa. Al no ver a su esposa, se dirigió al dormitorio buscándola, cuando al pasar llamó su atención un sobre apoyado entre la copa y el plato ubicados en la cabecera de la mesa. Lo abrió, curioso, y leyó el papel que contenía. Su mirada se nubló de lágrimas cuando la palabra "positivo" lo llevó a alcanzar el cielo.

Julia lo espiaba desde la puerta entreabierta de su cuarto, sintiendo su corazón desbocado; parecía que iba a escapársele del pecho. Al ver la emoción de su marido, apareció corriendo a arrojarse en sus brazos.

En un enredo de abrazos, lágrimas y besos, Augusto le tomó su rostro con dulzura diciendo:

–Al fin mi amor, al fin seremos completamente felices. No importa si será Mariana o Tomás. La vida no puede ser más generosa con nosotros –se agachó tomándola de las manos y besó su

vientre chato, que ya acunaba su mayor sueño.

El sol del amanecer los encontró abrazados luego de una noche de amor en la que, hasta las caricias más íntimas, se vistieron de ternura.

Capítulo 5

Buenos Aires, diciembre de 1983

Paula llegó antes de la hora acordada y ocupó la mesa que tenían reservada. Mariana aún no había llegado. Verificó la hora en su reloj pulsera y, sabiendo que debería esperar, se dedicó a admirar la decoración del lugar. Las paredes empapeladas con motivos de flores en colores ocres, dorados y rosados combinaban a la perfección con los manteles beige y los platos de porcelana blanca con delicados detalles en relieve. Magníficas arañas de bronce, de las que pendían caires de cristal, resaltaban la suntuosidad del lugar, famoso por las exquisiteces de su menú. Entretenida como estaba, no advirtió a su amiga, que se acercó sigilosa, abrazándola por detrás.

—¡Ay, boba, me asustaste! Epa, qué pintucha, ¿hay joda después de la cena? —bromeó cuando al girar de repente vio la blusa de seda en colores pasteles que adivinó Mariana estaría estrenando esa noche.

—Hola Pauli. Vengo a comer con mi amiga del alma; justifica mi blusa nueva, ¿no?

—Por supuesto, tenés el honor de ser mi amiga ¡Qué hermoso restaurante! Quiero un novio como el tuyo, que me haga conocer lugares como éste —exclamó simulando lagrimear.

—No llores, me tenés a mí para traerte, peor es nada —le guiñó un ojo mientras buscaba al mozo con la mirada.

—Estás linda, amiga. Hoy a la tarde cuando pasaste por mi trabajo te noté preocupada, ¿te pasaba algo?

Mariana evitó mirarla y, aprovechando que les acercaban la carta, fingió concentrarse en la elección de los platos.

—¿Qué sabés de tus papis? ¿Hablaste con ellos? —preguntó Paula ya con la comida servida.

—Ya los conocés, me llaman todos los días. Lo están pasando bomba. Hoy estaban en París; mamá haciendo compras, como de costumbre.

—¿Los extrañás, "nena de papá"?

—¡Qué malvada sos! Un poco, no demasiado. A veces está bueno algo de soledad para relajarse y pensar, no tener que dar explicaciones y comer cuándo y lo que se me antoja. Con lo estructurada que es mi vieja es toda una aventura. —Rió dibujando un cuadrado en el aire con su dedo índice.

—Pensé que Leandro se iba a ir a quedar con vos. Una lunita de miel, ¿no se animaron?

—¡Ni loca! No quiero líos cuando vuelvan mis viejos. Imaginate si se enteran; no sólo conmigo sería el problema. Leo tiene que ver todos los días a mi papá. No, no quiero ni pensarlo. Él me lo propuso; está enloquecido con quedarse en casa y me hizo prometerle que lo pensaría.

—¡Listo, lo pensaste! Cuando llegues llámalo y decile que se arme el bolsito. Mirá que sos vueltera. ¡Dios le da pan al que no tiene dientes! —Juntó las manos elevándolas como si rezara.

—Te digo la verdad: tengo miedo de que se nos vaya la mano. Me muero si llego a quedar embarazada.

—¿Cómo es eso de que tu mamá es estructurada? ¡Cuidense y listo! ¿O te tengo que explicar? —le dijo llenando sus copas.

—No, no me tenés que explicar nada; no seas pesada. Ya voy a ver qué pasa. ¿Cómo andás en el laburo? ¿Pudiste arreglar lo del aumento? —cambió radicalmente de tema. La incomodaba hablar de sus intimidades.

—Por ahora, no. La situación está muy jodida. No se está vendiendo nada; la fábrica ya prácticamente no está trabajando. Desde que apareció todo lo importado, comenzaron con

problemas para cubrir los costos. Tienen las cuentas bancarias al descubierto; así que con esas perspectivas, imagínate que nadie les quiere prestar una moneda. No sé, me cuesta exigir más porque son buena gente, mantienen la empresa con mucho esfuerzo para no despedir al personal y porque es lo único que tienen. Esta es la tercera generación que lleva adelante la confección de ropa. No sé qué voy a hacer, les tengo cariño, necesito el laburo, pero también es cierto que la guita cada vez me alcanza menos con la inflación que hay. Me salva que vivo con mis viejos, pero entre la Facu, los viajes, algo de ropa que siempre necesito comprarme y alguna que otra salida, se me va todo. No me queda un peso; adiós proyecto de irme a vivir sola.

—Sí. Yo a veces siento que vivo en una burbuja de cristal, y eso me hace sentir culpa. En varias oportunidades quise buscar un trabajito de pocas horas, hacer algo además de estudiar; pero acordate de la reacción de mi viejo. —Observó a su amiga admirando el esfuerzo que hacía para repartir su tiempo entre el trabajo y el estudio y ser tan eficiente en ambas cosas. Aun trabajando seis horas diarias, llevaba su carrera de Abogacía al día y había aprobado todas las materias de tercer año.

—Aprovechá que no tenés necesidad de hacerlo y podés dedicar todo el tiempo que quieras a tu piano, a tus estudios y a disfrutar la vida. —Le sonrió con ese cariño tan sincero que sentía por Mariana.

—Lo único que se me ocurre es hablar con mi papá para ver si puede darles una mano, no sé. A veces lo escucho hablar con Federico, su socio, y dentro de lo poco o casi nada que logro entender, tienen varios clientes a los que asesoran sobre préstamos y deudas. No sólo les llevan la contabilidad y el tema de impuestos. Mirá, ahora que recuerdo, unos días antes de viajar se puso como loco porque un tipo lo llamó a casa, no sé por qué asunto de unos cheques, y parece que se estaba poniendo pesado. Viste que él jamás quiso traer los asuntos laborales a casa. Mi mamá también está tan ajena como yo a todo ese mundo de números; no entiendo cómo pueden dedicarse a eso. —Negaba con su cabeza terminando el último trozo de lomo de su plato.

—Quedate tranquila, ni loca me meto a dar consejos ni a recomendar a nadie, por más que sea tu viejo. "Comedido siempre sale mal parado", como dicen. Vos despreocupate y dejá de ser tan samaritana, amiga, que después nadie te lo agradece y encima te hacen reclamos. Además tengo esperanzas de que todo va a mejorar, hace apenas una semana que volvimos a vivir en democracia. Van a soplar aires nuevos.

—Tenés razón —rió—. Vamos a pedir la carta que ahora viene lo mejor. No sabés los postres que preparan acá. ¡Son mi perdición! No te olvides que yo invito, por la salida que nos quedó pendiente por tu cumple.

—¡Sos una gorda, recién terminamos la comida! —broméo inflando sus cachetes.

—Cuando me vayas a ver al Conservatorio por la gala de fin de año, vos cuidá que no explote; mirá que este año toco el saxo.

Siguieron la charla entre carcajadas, una inmensa copa helada y un buen champagne, invitación de la casa, que aprovecharon para el brindis del postergado festejo.

Al salir del restaurante Mariana creyó ver nuevamente al muchacho que ese mismo día al mediodía, la había estado observando cuando almorzaba con Leandro. Sobresaltada, giró su cabeza y comprobó que era un hombre mucho mayor que sólo se parecía en su contextura física. "No puedo estar obsesionándome con ese tipo que ni siquiera me dirigió la palabra", se reprochó a sí misma.

Ya era muy tarde y Paula aceptó ir a dormir al departamento de Mariana, así ninguna de las dos tendría que entrar sola a su casa. Se sintió aliviada de no pasar sola la noche; no lograba alejar ese extraño temor que la inquietaba.

A tu vera, siempre a la verita tuya
Siempre a la verita tuya
Hasta que de amor me muera..

Rafael De Leon.

Capítulo 6

Buenos Aires, junio de 1978

Augusto llegó esa noche un poco más tarde de lo habitual. Julia se sorprendió al verlo entrar con dos brillantes bolsas de color verde intenso y se ilusionó imaginando que serían para ella o su hija, a pesar de que interiormente supiera que tal hecho era absolutamente improbable. Su esposo no solía dar esas sorpresas; si bien era muy generoso, no era el tipo de hombre que saliera a elegir regalos.

Las apoyó en el sillón grandfather del living, se lavó las manos y se dirigió al comedor, donde Mariana estaba ya sentada esperando la cena.

—¿Cómo anda la princesita, la nena de papá? —La saludó con un beso en su cabeza, como solía ha-

—¡Hola, papi! ¿Cómo estás? Ya casi comenzábamos a comer, se te hizo un poco tarde. Mamá, como siempre, no me quería servir la comida para esperarte un rato más. ¿Te pasó algo? —preguntó señalando con el mentón a su madre y mordiéndose el labio inferior, como demostrando su desacuerdo. Estaba en esa edad en la que las hijas ven negro lo que las madres ven blanco, aunque de la mismísima nieve se trate.

—¡Dejá de hacer caras, Mariana! No te costaba nada esperar unos minutos más para cenar todos juntos. Es la única comida del día que nos reúne a todos sin tanto apuro —la reprendió con un tono que evidenciaba malhumor, sin advertir que su hija ponía los ojos en blanco en un gesto de hartazgo

—Tengamos la cena en paz, por favor; no empiecen como siempre —terció Augusto para evitar que terminaran en una discusión. Su hija era adolescente y su esposa, justo era reconocerlo, absolutamente inflexible.

Julia servía en los platos abundantes porciones del pastel de carne que Rosalía había dejado preparado, junto con un puré de papas con hierbas que inundaban de aroma todo el ambiente, mientras comentaba:

—Augusto, mañana anuncian mal tiempo; yo te dejé listo el traje beige de alpaca, pero ¿no te parece mejor uno más oscuro, por si te salpicás al bajar o subir del auto? Creo que va a ser mejor cambiar el atuendo. Después de la cena veo y de paso busco el piloto negro.

—Justamente hoy anduve por Florida haciendo unas gestiones bancarias y aproveché a entrar en Harrods. Tengo una reunión con unos clientes nuevos que están proyectando traer al país una cadena de bares con mesas de pool; son unos chicos jóvenes con un emprendimiento bastante interesante. Me pareció más adecuado un look algo más informal, más juvenil y me compré un pantalón sport y una chemise —contó sin mirarlas, revolviendo el puré con el tenedor.

—No te imagino eligiendo y probándote en la tienda; desde que nos casamos compro yo toda tu ropa. ¡Qué cambio!

—Papá, con ese criterio, si te quiere contratar un bombero ¿te vas a comprar el equipo antillamas? —Mariana reía a carcajadas burlándose de su padre—. ¿No será que te sentís viejito ante ellos?

—Papá es joven y tiene cuerda para rato. Es una cuestión de imagen, como para demostrarles que el Estudio está a la altura de las innovaciones que pretenden introducir en el mercado. Vos acaso cuando vas a los exámenes de piano, ¿te gusta ir en vaqueros y zapatillas? —se defendió.

—¡Sos un genio, papi! —Le guiñó un ojo observando el silencio de su madre.

—Mañana tengo que salir muy temprano, Julia. Están citados a las 7:30 en mi oficina, ya que al mediodía salen hacia New York.

–No te preocupes, me levantaré más temprano para preparar el desayuno, antes de que llegue Ros
Julia le indicó al taxista la dirección del Belgrano Day School. El llamado de la preceptora del colegio, avisándole que Mariana había sufrido un pequeño accidente, la había alarmado y, si bien le aseguró que se trataba sólo de un golpe y que el servicio médico ya la estaba atendiendo, no veía el momento de llegar y comprobarlo por ella misma. La lluvia torrencial complicaba aun más el tránsito del mediodía, y debieron desviarse para evitar las calles inundadas de la zona, crispando los nervios de la ansiosa madre.

–Buen día, Amanda –saludó a la recepcionista. De tantos años de concurrir a la misma escuela, Julia conocía a casi todo el personal–. Me llamaron por Marianita, ¿qué le pasó?

–Buen día, Sra. Urrutia. No se alarme, la acompaño a Dirección, donde está su hija.

La Directora la aguardaba con impaciencia, ya que Mariana estaba muy dolorida.

–¿Cómo está, señora? Disculpe que nos demoramos en llamarla, pero estuvimos intentando contactarnos con su esposo. Su hija nos dijo que él podría venir más rápido con el auto, ya que con esta tormenta era probable que usted no consiguiera taxi.

–¡Dios mío!, ¿qué te pasó, hijita? Tenés ese ojo en compota –exclamó alarmada mientras inspeccionaba el corte en la cara de Mariana.

–En el recreo todos los chicos se pusieron a festejar los resultados del partido de Argentina contra Perú y, en medio de los saltos y rondas, Mariana se cayó y golpeó la cara contra el borde de uno de los cestos de papeles. Le sangró un poco arriba de la ceja y nos asustamos, pero ya la revisó el médico de la emergencia y el corte es superficial. Le puso esa vendita para que no se le infecte –explicó la Directora como temiendo algún reproche de la madre de la alumna.

–Me duelen el ojo y la rodilla, mamá. No la tengo lastimada, pero caí sobre la pierna derecha. Vamos a casa que me quiero acostar.

–Firme por favor el libro para que quede constancia de que usted la retira, señora Urrutia. Voy a ver si alguno de nosotros podemos acercarlas hasta su casa.

–Muchas gracias, señorita Davis, no se preocupe. Sólo le pido si me permite usar el teléfono, así le aviso a mi esposo que nos pase a buscar.

–Por supuesto, tome asiento y hable tranquila.

–Estudio Urrutia & Bianchi, buenos días –se escuchó una voz femenina desde el otro lado de la lí

–Buen día, querida, habla Julia, la esposa de Augusto, ¿me podrías comunicar con él, por favor?

–Encantada, señora. Soy Silvia, la nueva recepcionista. El contador no vino en el día de hoy; seguramente ha tenido que reunirse con algún cliente fuera de la oficina. ¿Quiere que le dé algún mensaje cuando llegue?

–No, está bien, no te preocupes. Pasame por favor con Inés, quizás ella pueda localizarlo.

–Seguramente su secretaria estaría informada de los cambios de planes.

–Inés hoy no vino a trabajar; avisó que está descompuesta. ¿Puedo ayudarla en algo? –La nueva empleada se deshacía en atenciones con la esposa de uno de sus jefes.

–Decile a mi marido que llame a casa en cuanto llegue, no te olvides por favor.

–Quédese tranquila, Julia. Un beso.

–Muchas gracias, querida. –Julia cortó y quedó con la mirada perdida. No se atrevió a preguntar por la reunión que Augusto supuestamente debió haber tenido esa mañana. Era implacable en mantener la reserva de sus asuntos laborales.

El profesor de Contabilidad del colegio, que acababa de terminar su turno y estaba al tanto del pequeño accidente, pasó por Dirección a preguntar por la hija de Augusto Urrutia, su viejo compañero del secundario. Al verlas todavía allí se ofreció a llevarlas a su casa.

Recordando anécdotas y travesuras de juventud junto al padre de Mariana, su alumna se fue

olvidando un poco del dolor que sentía. Desde muy chica le fascinaba escuchar las historias que Augusto le contaba; las disfrutaba como si de cuentos se tratara.

Julia iba como ausente; mirando sin ver por la ventanilla del acompañante, con una sombra de duda que nublaba su mirada.

Por la noche, un rato más temprano que de costumbre, Mariana oyó el ruido de la cerradura de la puerta del departamento. Recostada en el sillón, con hielo en la rodilla que se había hinchado mientras miraba la televisión, gritó:

–¡Mamaaaaá, ahí llega papá! Voy a poder comer los palitos salados; él me los va a alcanzar –desafió a su madre que se había negado a llevarle los snacks, con el pretexto de que en un rato serviría la cena.

–¡Hola, hija! ¿Qué te pasó? ¡Mirá tu ojo y esa rodilla! –Augusto la miraba con el ceño fruncido, mientras cerraba la puerta con el pie.

–Me caí en la escuela, cuando festejábamos por el partido de ayer. No es nada, pero me duele la pierna. Te mandó saludos Franchi, el profe de Contabilidad; nos trajo a casa porque no te ubicamos en el trabajo.

Luego de un silencio incómodo, que Julia pudo advertir espionando por la puerta entreabierta de la cocina, su padre le respondió:

–Cuando llegué a la oficina me llamaron para cambiar el lugar de la reunión, que finalmente se hizo en el hotel donde estaban parando. Prácticamente no estuve en el Estudio en todo el día. ¿Te vio algún médico, hijita?

–Sí, el de la emergencia del colegio. Es sólo el golpe y el cortecito en la ceja, pero sangró sólo un poquito, no fue profundo.

Julia comenzó a poner la mesa, luego de saludar fríamente a su esposo. No hizo comentario alguno respecto a lo acontecido en el día.

Una vez servida la cena, Augusto llevó en andas a su hija hasta la mesa, para que no tuviera que p

–Debería verte un traumatólogo, Mariana. Por las dudas que tengas alguna lesión interna en la rodilla –sugirió su padre.

–Esa era la idea, pero no pudimos encontrarte y tampoco estaba tu secretaria en el Estudio para que te avisara, allí donde estuvieras. No podía molestar al profesor para que nos llevara a la clínica. Con esa lluvia terrible no se conseguía un taxi en toda Buenos Aires –habló por primera vez Julia, en un tono que sonaba cortante, sin levantar la vista de su plato.

–Inés está enferma.

–Ya lo sé; me lo dijo la recepcionista. Le pedí que por favor te avise de mi llamado en cuanto llegaras. Si ya de nuevita se olvida de los recados... –respondió irónica levantando las cejas, pero sin mirar a la cara a su esposo.

–Llegué después de su horario de salida. Ni siquiera revisé los mensajes que tenía en el escritorio; estaba rendido y quería volver a casa.

–Me imagino. ¿Tan larga fue la reunión? ¿No se iban al mediodía? ¿No me digas que perdieron el vuelo! –inquirió mostrándose interesada en el cansancio de Augusto.

–¿Qué te pasa, Julia? ¿Desde cuándo tengo que dar explicaciones de cada cita, reunión o entrevista que tengo con mis clientes? –respondió como para poner un freno a tantas preguntas.

–Desde nunca, Augusto. No me hagas caso; es que hoy me alteró todo esto.

Terminada la cena se levantó enseguida a limpiar la cocina. Siempre se había negado a tener personal en su casa a tiempo completo; le molestaba perder intimidad. Argumentando un gran dolor de cabeza, se fue a acostar sin preparar la ropa de Augusto para el día siguiente.

A Mariana la sorprendió la actitud de su madre, siempre sumisa y excesivamente atenta a las

necesidades de su esposo. Era evidente que algo andaba rondando por su cabeza.

*...Una mujer desnuda y en lo os
Es una vocación para las m
Para los labios es casi un de:
Y para el corazón un despilj
Una mujer desnuda es un en
Y siempre es una fiesta descifra.
Mario Bene*

Capítulo 7

Buenos Aires, enero de 1978

Una bocanada de aire caliente y húmedo sorprendió a Augusto al abrir la puerta del edificio. Esa mañana de enero el asfalto parecía amenazar con derretir a cuanto osara transitarlo. Aún no eran las nueve de la mañana, pero el sol gritaba su presencia con una fuerza arrolladora.

Caminó una cuadra hasta el quiosco donde siempre compraba sus cigarrillos rubios, maldiciendo el trabajo atrasado que lo esperaba en el Estudio un día sábado. Los fines de semana eran sagrados; salvo por algún partido de golf durante las mañanas, el resto del tiempo libre deseaba disfrutarlo en familia. Se lo merecían los tres, solía decir, por el escaso tiempo que podían compartir durante la semana.

Federico estaba de viaje; si bien por trabajo, no se podía comparar estar en Panamá con el infierno que era Buenos Aires. Pero era consciente de que era su socio quien había logrado los contactos en aquel paraíso, por lo que su presencia allí facilitaba todas las gestiones.

De vuelta en el edificio, tocó el portero eléctrico para avisarle a su esposa que bajara. Julia, como cada sábado, tenía reservado su turno en la peluquería. Brushing, belleza de manos y de pies eran su rutina semanal.

La dejó en la puerta del salón de belleza y se dirigió a su oficina.

Encendió la radio y condujo tranquilo; el tránsito a esa hora de un día sábado era mucho más fluido. La romántica voz de Kenny Rogers despertó en su piel esa extraña sensación que hacía unos días lo venía persiguiendo. Vino a su mente ese roce, que dudaba si había sido casual, y se sorprendió reviviendo la escena.

Inés había entrado a su oficina cuando Augusto revolvía nervioso todas las carpetas de su escritorio; necesitaba encontrar urgente la planilla que debía entregar a un cliente al día siguiente.

—¿Qué perdiste, Augusto? ¿Te puedo ayudar? —había preguntado mientras apoyaba el pocillo de café recién preparado, sobre el escritorio sembrado de fotos familiares y algunos trofeos de golf.

—No sé dónde tengo la cabeza. Estaba acá, la acabo de ver y no sé con qué se me traspapeló —había respondido sin siquiera levantar la vista.

—¿De qué hablás?, ¿qué es lo que se te traspapeló?

—La planilla con el detalle de la amortización y los intereses del préstamo a Loureiro, el de la tex

—Dejame a mí. Si te ponés nervioso es peor; vas a mezclar todo. Dale, vos tomate el café —había dicho dando la vuelta al escritorio y parándose junto al sillón de su jefe e inclinándose para acomodar ese embrollo de papeles.

Un aroma a flores y dulces maderas emanaba de ese escote que, casi apoyado sobre la pila de carpetas, dejaba entrever las redondeces de esos pechos generosos, que se movían acompasados con el movimiento de las manos, que urgaban en busca de la planilla perdida.

—¡Acá está, Augusto! "Loureiro, Ángel-Crédito N°978/77". Es ésta, ¿no? —había exclamado girando sobre sí misma, rozando con su pierna izquierda la derecha de Augusto que, con un movimiento instintivo, apretó aún más contra la de Inés. La blusa semiabierta, que dejaba adivinar un soutien de encaje negro, había quedado a la altura de la cabeza de Augusto, que no atinaba a retirar su mirada.

—Augusto, ¿es ésta? —repetía.

—Sí, es ésta. Menos mal que viniste, Inés. Mil gracias.

—Nada que agradecer. No tomaste el café; te traigo otro, debe estar helado —había atinado a decir

sin que dejaran de mirarse a los ojos.

—Está bien así, no te preocupes. Tengo que salir —necesitaba que se fuera cuanto antes. Se había jurado no volver a caer en esas tentaciones; bastantes problemas había tenido en el pasado.

La había observado retirarse con alivio; no hubiera podido pararse delante de ella. Era evidente su excitación.

Las palabras que Federico había pronunciado hacía apenas seis meses, resonaban en su mente atormentada de deseo: *"Viejo zorro, ¿qué examen le tomaste a la secretaria que contrataste? Cuidado, Augusto; en mi opinión, tiene un desparpajo demasiado peligroso"*. Debió haberlo escuchado.

El tecleo de su máquina de escribir era lo único que interrumpía el silencio de las oficinas vacías. A pesar de su reticencia a trabajar un día feriado, estaba disfrutando hacerlo en ese ambiente tranquilo. De pronto creyó escuchar el sonido del ascensor deteniéndose en su piso. Se dirigió a la puerta para espiar por la mirilla; ninguna de las oficinas del edificio trabajaba los sábados, por lo que no había vigilancia custodiando el ingreso.

Abrió la puerta antes que el timbre sonara. Allí estaba ella. Sus rulos color caoba aún mojados le daban un aspecto fresco, que se acentuaba con un delicioso aroma cítrico, develando una ducha reciente. Llevaba un pantalón blanco ceñido al cuerpo, una musculosa fucsia que le marcaba sus curvas y unas zapatillas al tono. Su atuendo informal y esa melena, que caía como cascada sobre su espalda y hombros desnudos y dorados por el sol del verano, le otorgaban un aspecto sensual, una imagen desconocida para Augusto, que la había visto siempre de trajecitos y tacos altos. El atuendo casual de esa mañana, le quitaba aun algunos años a sus veintiséis recién cumplidos; lucía como una adolescente en plena rebeldía.

—¡Buen día, no me diste tiempo a tocar timbre! —Lo saludó con una amplia sonrisa, resaltada por el suave brillo rosado que complementaba su ligero maquillaje.

—¿Qué hacés acá? Te dije que no era necesario, que yo me arreglaba. No quería arruinarte tu fin de semana. —Interiormente se alegraba de verla, de la posibilidad de compartir con ella unas horas sin testigos.

—Entre los dos sacamos el trabajo más rápido y te evitás volver el próximo sábado. No seas terco, ayer te dije mil veces que hoy no tengo ningún programa. Hago un cafecito y arranco; te traje las palmeritas que te gustan.

—Sos increíble, Inés. Sos de fierro, no sabés cuánto te lo agradezco.

Cuando se quedó a solas intentó volver a concentrarse en el trabajo, sin resultados. *"No me puede estar pasando esto. Hace tres años que está en el Estudio y ¿ahora se me da por calentarme con ella? Me estoy volviendo loco"*, pensó con la mirada perdida en la ventana de su oficina.

Inés entró con la bandeja de café y las masitas que le había comprado, la dejó a un costado de su escritorio y se llevó la mitad de las carpetas que su jefe debía terminar ese día.

Una hora más tarde, una ráfaga de viento abrió de golpe una de las ventanas, haciendo volar algunos de los papeles que Augusto tenía en su mesa de trabajo. Espesas nubes de un gris plomizo, anunciaban la llegada de una típica tormenta de verano. Al intentar cerrar el vidrio, un relámpago iluminó el cielo, precediendo a un trueno que resonó en todo el piso con la intensidad de un rayo.

Inés saltó de su silla y corrió hasta la oficina de Augusto, que aún miraba hacia la calle. Cuando se acercaba, otro trueno más intenso que el anterior la sobresaltó, apretando instintivamente el brazo de su jefe.

—¿Le tenés miedo a la lluvia?

—No, a las tormentas fuertes; me dan terror las descargas eléctricas. Disculpame, ¿te apreté mucho

Augusto no respondió. Enmudeció observándola mirar asustada la lluvia que caía cada vez con más fuerza. Parecía una criatura desvalida en ese cuerpo de mujer que lo atraía; que hacía tan poco tiempo había comenzado a descubrir.

El cielo volvió a lanzar un rugido feroz y se acercó aún más a ella, que parecía temblar. Le rodeó los hombros con uno de sus brazos y permanecieron un instante viendo el granizo golpetear sobre las copas de los árboles debajo de ellos. Inés apoyó su cabeza en el pecho de ese hombre que parecía protegerla, sintiendo el galope acelerado de su corazón. La apretó más contra su cuerpo, se puso de frente a ella, le tomó el rostro entre sus manos y mirándola a los ojos, besó suavemente sus labios, que se abrieron demostrándole su entrega. Augusto no pudo contenerse; cubriéndole el fino y suave cuello con su boca ávida, la fue conduciendo lentamente hacia el sillón de dos cuerpos que estaba a sólo unos metros. Lentamente le levantó la musculosa mientras la recostaba, enloqueciéndose al sentir su respiración agitada y el perfume que parecía intensificarse con el calor de sus cuerpos tan cercanos. Le desabrochó el soutien mientras cubría de besos ese escote que le prometía un placer desenfrenado. Una vez que se lo quitó, se detuvo a observarla. La imagen de Inés con su cabello casi rojizo revuelto, su boca entreabierta y sus grandes senos ofreciéndose sin inhibición alguna, lo enloquecieron. Se quitó la camisa que esa hembra en celo le había ya desabrochado y, desnudándose totalmente, tiró toda su ropa sobre la alfombra. Se arrodilló frente a ella y comenzó a bajarle lentamente los pantalones recorriendo con su lengua el vientre joven y chato. Inés revolvía con sus dedos el cabello de Augusto.

El sonido del teléfono irrumpió de pronto. Ninguno de los dos detuvo sus manos y bocas, que se recorrían ávidas por cada centímetro de su piel, húmeda de placer. Un nuevo llamado intentó interrumpirlos. La insistencia de ese aparato que no cesaba de aullar, logró que Augusto se parara de pronto y tomara por primera vez conciencia de lo que estaba haciendo.

Se acercó a su escritorio, pero no se sintió capaz de atender. Tenía que calmarse para que del otro lado no se notara su agitación. Inés lo miraba en silencio, rogando internamente que no contestara, para continuar lo que habían comenzado.

Al sonar ya por quinta vez, levantó el auricular, mirando a su secretaria con un gesto de resignación: —¿Augusto? Por Dios, ¿por qué no contestabas? —reclamó Julia desde el otro lado, sin darle siquiera tiempo a su esposo a hablar.

—Estaba en la fotocopidora, Julia. ¿Qué pasa?

—Pasa que está diluviando, han caído rayos por todos lados y me preocupé por vos. Supuse que me llamarías para saber si había llegado bien a casa luego de la peluquería, o por lo menos para interesarte si Mariana había podido ir a lo de Paula.

—Estoy a mil tratando de terminar con el trabajo. No presté atención a la tormenta —mintió.

—Volvé cuanto antes; ahora parece que va amainando. A ver si cae otra granizada y te arruina el auto. Recién me llamó Marianita para avisarme que la mamá de Paula les va a hacer unas tortas fritas y van las sobrinas a la casa, así que la invitaron a pasar la tarde. Almorcemos algo liviano y aprovechemos a dormir una siestita con el sonido de la lluvia. Hace tiempo que no disfrutamos solos de una tarde así, ¿no te parece, mi amor?

—Ordeno todo y en un rato voy.

Inés se vistió sin decir palabra. Augusto se acercó y besándola suavemente, sólo atinó a decir: "Perdoname, debemos irnos".

Bajaron en silencio. Sin hablar durante todo el viaje, la alcanzó hasta su casa.

Esa tarde Augusto y Julia hicieron el amor con un desenfreno que hacía tiempo no experimentaban. Él imaginaba el cuerpo esbelto y firme de Inés bajo el suyo, mientras Julia se sentía rejuvenecida, sintiendo a su esposo tan viril y apasionado como en los primeros años.

Cuando el dinero habla, la verdad calla.
Proverbio Chino.

Capítulo 8

Buenos Aires, 1982

Leandro Mansilla se sentía más que feliz con su trabajo. Si bien hacía sólo unos meses que había ingresado, era evidente que se había ganado la confianza y estima de sus jefes.

Augusto apreciaba su inteligencia, ambición y discreción. Poco a poco tanto él como Federico le fueron asignando mayores responsabilidades, que él cumplía con eficiencia y compromiso.

Esa mañana lo llamó a su despacho para avisarle que iba a ausentarse durante varias horas, con motivo de una reunión con los directivos de una de las sociedades que integraban la clientela del Estudio. Federico había viajado a Uruguay, por lo que necesitaba que su futuro yerno se hiciera cargo de algunos asuntos.

—Leandro, te pido que por favor te encargues de ir a la escribanía a retirar unos documentos. A mí se me hace imposible ir y no son cuestiones para que se ocupe el cadete. Si no trajiste tu auto, andá y volvé en taxi; sacá el dinero de la caja chica.

—Estoy con el coche, Augusto, no te preocupes.

Decime qué tengo que hacer.

—Andá a ver al Escribano Goitía; te va a entregar cinco escrituras que hizo inscribir en el Registro de la Propiedad. Cuando vuelvas por favor dejámelas acá —dijo señalando el largo cajón central de su escritorio—. Luego yo me ocupo de ponerlas a resguardo.

—No hay problema, despreocupate. ¿Le avisaste que iba yo?

—Sí, te espera entre las 9:30 y las 11:00. Tomá la tarjeta de Goitía con la dirección y el teléfono, por cualquier cosa.

—Andá tranquilo. ¿Querés que de paso te acerque donde vos tenés que ir?

—No, muchas gracias, Leo. Ya me voy. A la tardecita te llamo para ver cómo te fue; hoy tendré un día de locos.

Leandro se sintió satisfecho por la confianza que su jefe y, si todo salía bien, futuro suegro, había depositado en él. Recordó que debía recabar unos registros para terminar un balance y decidió pasar a buscarlos por el negocio de un cliente, aprovechando que estaba cerca de la escribanía donde lo habían mandado. Se sirvió un café de la cafetera eléctrica que había puesto a funcionar apenas había llegado al Estudio, lo tomó de un sorbo y decidió salir cuanto antes.

Atravesaba la cochera del edificio cuando vio a Augusto subiendo al auto. Se dirigía a él para comentarle que salía más temprano para retirar primero la documentación que necesitaba, cuando su jefe subió rápidamente la ventanilla de vidrios polarizados y lo saludó con un bocinazo, arrancando a toda velocidad y sin darle tiempo a acercarse. Leandro no tenía dudas de lo que había alcanzado a ver: Inés iba sentada en el asiento del acompañante. La secretaria había salido de vacaciones el lunes anterior y, hasta donde él sabía, aún le quedaban varios días de licencia. De repente se dio cuenta que era extraño que Augusto no hubiera mencionado con los directivos de qué empresa debía reunirse.

La imagen de esa mujer sentada al lado de Augusto le rondaba la cabeza. Desde que se había incorporado al Estudio le había llamado la atención la familiaridad con que la secretaria trataba a su jefe, cambiando notoriamente de actitud cuando Federico estaba presente. De pronto pensó en Mariana y en su madre, en lo que podría ocurrir si sus sospechas eran acertadas. Haría de cuenta

que no había visto nada, después de todo, no era asunto suyo.

Al volver al Estudio, se dirigió directamente al despacho de su jefe, cerrando la puerta tras de sí. Apoyó los sobres blancos tamaño oficio, con membrete en letras doradas que el doctor Goitía le había entregado en mano y, sin poder resistirse a la curiosidad, decidió ver qué contenían antes de guardarlos en el cajón indicado.

Fue leyendo una a una las escrituras intentando procesar la información que, entre líneas, éstas le brindaban. Todas ellas eran constituciones de hipotecas, mediante las cuales diferentes personas garantizaban con sus propiedades los préstamos que una tal firma Urbian S.A. les otorgaban, fijando altísimas tasas de intereses.

Cerró los sobres, dejándolos donde Augusto le había ordenado, y abrió una de las carpetas que habían quedado sobre el escritorio. Una decena de planillas detallaban nóminas de acreedores y las fechas e importes de créditos otorgados a tasas usurarias.

"Demasiadas sorpresas para un solo día", pensó Leandro, mientras regresaba a su oficina. Sólo una pregunta ocupaba su mente: "¿Quién es realmente Augusto Urrutia?"

Se le hinchan los pies.
El cuarto mes, le pesa en el vientre.
A esa muchahca en flor
Por la que anduvo el amor
Regalando cimientes.
Joan Manuel Serrat

Capítulo 9

Buenos Aires, 1960 a 1961

Augusto despertó confundido, luego del profundo sueño en el que había caído. Giró en la cama de dos plazas y la observó dormir. Su largo cabello lacio de un dorado brillante, desparramado sobre la almohada, coronaba el rostro sereno de suaves rasgos. Observó su cuerpo de aspecto frágil y lánguido que, sin embargo, adquiriría la destreza de una pantera a la hora de brindarle placer.

Se sintió culpable por no haber asistido a sus clases en la Facultad, pero esa tarde Ana había logrado convencerlo de volver juntos a esa casa que sentía tan sola y fría.

Había llegado de Entre Ríos, su provincia natal, junto a su único hermano, con el propósito de estudiar Psicología y conseguir un trabajo que le permitiera costearse la carrera. En poco tiempo, había conseguido emplearse en la fábrica de pinturas donde Augusto trabajaba desde hacía unos años.

El destino quiso que en un trágico accidente su hermano la dejara sola y desamparada, en una ciudad que sentía inmensa y hostil. Su mundo quedó reducido a algunos pocos afectos que había cosechado en su trabajo y sus estudios.

En uno de esos aciagos días en que Ana sentía el mundo desmoronarse a sus pies, Augusto la había encontrado llorando mientras juntaba sus cosas al finalizar la jornada

laboral. La invitó a tomar un café en un bar cercano y, contándose sus vidas, los sorprendió el anochecer. Comenzó así una amistad que poco a poco fue ganando en confianza e intimidad.

Se había hecho medianoche; se vistió apurado, la besó suavemente en los labios y volvió a su casa con esa sensación de vacío que solía sentir cada vez que se separaban. Lo exasperaba esa libertad sin compromisos que Ana exigía.

Tomó un taxi y entró sigiloso a su hogar, intentando que su madre no se despertara. No perdía oportunidad de reprocharle esas traspasadas, advirtiéndole que por unas horas de diversión quién sabe con qué "mujer de la vida", perdería a su novia para siempre. Julia, como siempre le repetía, era una mujer amorosa y decente que no se merecía que la hiciera sufrir.

Pocos meses después de que Augusto se graduara, Ana le pidió que fuera hasta su casa a la salida del trabajo. Ambos sabían que esa relación tenía fecha de vencimiento. El flamante profesional renunciaría a la pinturería y, en poco tiempo, comenzaría a organizar su casamiento con Julia. Nada le hacía intuir la tormenta que estaba a punto de desatarse.

Lo recibió con una actitud distante, inusual en ella.

—Sentate, Augusto. Tenemos que hablar —le pidió con una expresión de profunda tristeza.

—¿Qué pasa, Ana? No me asustes.

—Estoy embarazada —confesó bajando su mirada.

—¿Qué?, ¿cómo que embarazada?

—De la única manera que se puede quedar embarazada, Augusto.

—¿Estás segura? No puede ser, me quiero matar.

—Segurísima. Todos estos días te estuve evitando; no quería hablar hasta no confirmarlo.

—¿Qué vamos a hacer, ahora? Julia me mata si se entera; estamos ya por fijar fecha para nuestro casamiento. Yo creí que las cosas estaban claras entre nosotros, Ana. Siempre me hablabaste de la importancia de evitar las ataduras, ¿cómo podés hacerme esto?

—Ah, no... No lo puedo creer, ¿hacerte qué? Lo que hicimos lo hicimos entre los dos. La responsabilidad es cincuenta y cincuenta, querido. Jamás pensé en perjudicarte. Sabés muy bien que siempre respeté tu intimidad y jamás te presioné ni exigí nada. Nuestra relación fue siempre

libre, sin títulos ni rótulos.

Augusto, sentado en el sillón de dos cuerpos, con sus codos apoyados en las rodillas, presionaba su cabeza entre las manos, en un gesto de desesperación. Ana lo observaba en silencio, dándole tiempo a que elaborara en su mente la noticia que acababa de darle. Al cabo de unos minutos le anunció:

–Yo no voy a entorpecer tu camino ni a pedirte que te quedes conmigo. Ni yo misma quiero eso para mí. Si todo va bien, el próximo cuatrimestre me recibo y me vuelvo con mi familia a tener a mi hijo.

–¡Tu hijo! –exclamó Augusto poniendo énfasis en el adjetivo posesivo.

–Sí. Yo me voy a hacer cargo. Vos podrás darle tu apellido, reconocerlo, visitarlo cuando quieras, pero ni él -o ella-ni yo, vamos a obligarte a cambiar tus proyectos de vida. No vamos a cargar con esa culpa.

–Necesito pensar, Ana. Por favor, tengo que irme.

Necesito estar solo. Mañana hablamos más tranquilos.

Seis meses más tarde un telegrama enviado a su oficina, rezaba: "Javier nació el 8 de agosto, pesando casi cuatro kilos. Ambos estamos muy bien. No te preocupes por nada."

Angustiado, escondió en la caja fuerte el papel doblado en un sobre cerrado, sin imaginar que en ese mismo instante, otros ojos negros de tupidas pestañas, también derramaban lágrimas. A diferencia de los suyos, los del pequeño buscaban a gritos el alimento de su madre.

Capítulo 10

Buenos Aires, diciembre de 1983

Mariana abría entusiasmada las bolsas y paquetes conteniendo los regalos que sus padres le habían traído de su viaje. Carteras, pañuelos de seda, perfumes y una lujosa edición de una enciclopedia sobre Historia de la Música, cubrían el sofá del living.

—¿Ese bolso es nuevo? ¿Todavía hay más?

—No, hija. Ahí trajimos las compras que hizo papá para la gente de la oficina. ¡Vieras la pulsera de plata italiana que eligió para Inés! —respondió dirigiendo una mirada furtiva a su esposo, que fingía no oírla.

—Mañana invítalo a Leandro a cenar, Mariana, así le entregamos sus regalos —sugirió Augusto.

—Dale, cuando me llame le aviso.

—Bueno, me voy un rato al Estudio. Federico debe estar agobiado con toda la responsabilidad a cuestas.

—¡Papá, hace apenas unas horas que llegaron! Descansá y mañana arrancás de nuevo.

—No voy a comenzar a trabajar; sólo voy para ponerme un poco al día de las novedades con Fede y vuelvo.

—Te admiro, papi. —Lo abrazó susurrándole al oído "*Te extrañé mucho*".

Julia oyó la puerta del ascensor cerrarse y, con el pretexto de ordenar el revuelo de equipaje y paquetes, fue llevando todo a su cuarto. Ya lejos de la mirada de su hija, revisó el bolso que habían destinado a los regalos de los compañeros del Estudio. Lo único que faltaba era aquella caja dorada y negra que contenía la pulsera de la secretaria de Augusto; los paquetes para Federico quedaban aún allí.

Hacía tiempo que había optado por el silencio. Amaba a su esposo tanto como a esa vida cómoda que le brindaba todo lo que anhelaba.

La noche siguiente, luego de la cena en la que no faltó un buen Cavernet Sauvignon francés, las anécdotas y risas, Mariana preparó una bandeja con dos pocillos de café y un pequeño plato con variedades de turrón recién traídos de España, para su padre y Leandro, que se habían retirado al escritorio de Augusto.

En la pequeña oficina, iluminada con una lámpara de pie labrado en bronce y una pantalla color ocre, una alfombra persa en tonos rojizos, marrones y verdes sobre la cual se apoyaba un escritorio de cedro, de patas y contornos repujados, el clima se sentía enrarecido, sombrío.

—No seas cagón, Leandro. Los tenemos bien agarrados; está todo firmado. Por nuestra parte tenemos todo bien cerrado.

—¿Y vos creés que se la van a bancar así nomás? Hay muchísima morosidad; si les ejecutamos a todos las hipotecas, se nos van a venir como fieras. Pensá que en la mayoría de los casos pusieron como garantía su única propiedad, su techo.

—Ya lo sabían cuando vinieron a pedirnos guita, Leo. Este negocio es así: o te endurecés o te alejás. —Su futuro suegro elevaba cada vez más el tono.

Mariana se detuvo en seco frente a la puerta, percibiendo lo que creía era una discusión. Decidió aguardar y escuchar de qué se trataba.

—¿Qué me estás queriendo decir, Augusto?

—Que no podés ser tan blando, nada más que eso. El mes próximo Federico tiene que viajar para llevar otra remesa. Con este caos financiero, la gente confía más en las mesas de dinero que en los

bancos. ¿Por qué no vas con él y de paso te vas empapando en el tema y tomás algo de aire? Así te olvidás un poco de los deudores y sus problemas –respondió con una media sonrisa y tono algo bu

–No sé, Augusto. No voy a tomar decisiones apresuradas. –La voz de Leandro se oyó más cerca.

El café se estaba enfriando y Mariana temió que su novio la descubriera detrás de la puerta. Al bajar el picaporte para entrar, la conversación entre los dos hombres se interrumpió de repente, creando un silencio incómodo.

–Les traigo un cafecito con algo dulce –dijo mientras depositaba la bandeja sobre el escritorio

–Gracias, amor, me tomo el café y me voy. Se me hizo muy tarde.

Mariana advirtió una densa sombra en su mirada verde azulada.

El ensayo en el Conservatorio había sido un fracaso. La dificultad en la ejecución del nuevo instrumento y la preocupación que anidaba en su mente, parecían haberse confabulado. No había logrado concentrarse; su oído y su

sensibilidad estaban como ausentes. Sólo una idea ocupaba sus pensamientos: debía hablar con Leandro. Necesitaba respuestas a sus interrogantes.

Caminó hasta el trabajo de Paula; quizás hablar con su amiga la ayudara a calmar ese desasosiego que la ahogaba. Llegó a la puerta del edificio con su cabeza agobiada de dudas. De pronto dio media vuelta, y decidió volver. Era su amiga, su confidente, pero no podía exponer así a su padre y a su novio. Esperaría a hablarlo con Leandro. Una vez más, como tantas, se guardaría la angustia.

A las nueve en punto de la noche sonó el portero eléctrico. Mariana corrió a responder.

–Ya voy.

–¿Querés que suba o estás lista? –se escuchó la voz de Leandro.

–Estoy lista.

Lo vio a través del vidrio del palliere, atractivo como siempre, con su pantalón claro y una chomba azul petróleo que resaltaba aún más esos ojos que la habían enamorado. Sin embargo esa noche lo sentía lejano, como desconocido. Estaba decidida a aclarar los grises pensamientos que la estaban atormentando desde la conversación que había escuchado la noche anterior.

Lo saludó con un beso frío y caminaron tomados de la mano hasta el auto. Leandro puso el cassette de los Bee Gees que a ella tanto le gustaba.

–¿Te pasa algo, Marian? Estás callada.

–No, estoy cansada. Hoy ensayamos mucho y la verdad, fue un desastre. Me salió todo horrible. Ese saxo me está volviendo loca, me cuesta un montón.

–¿No descansaste a la tarde?

–No, estuve un buen rato tocando el piano y después me fui a la pileta a nadar un rato. El agua me libera, ya sabés.

–Me parece que esta vez no te lavó el mal humor –dijo desviando su mirada de la calle, dedicándole una sonrisa.

–No estoy de mal humor, Leandro, estoy cansada –respondió mirando por la ventanilla.

La noche no podía ser más hermosa. El cielo diáfano sembrado de brillantes estrellas, una suave brisa que daba alivio al agobiante calor del día y la vista del río, desde la terraza del restaurante de cocina mediterránea, contrastaban con el ánimo de Mariana y echaban por tierra las ilusiones de Leandro de disfrutar de una romántica velada, que había planeado continuar hasta el amanecer.

Luego de ordenar la comida, y ante el diálogo de monosílabos que estaban manteniendo, él tomó la iniciativa que su novia estaba demorando.

–Hablemos, amor. Contame qué te pasa, no me vengas con el cuento del cansancio; te conozco.

–Te voy a ser sincera. Escuché algo que me inquieta, que me tiene muy preocupada. –La

necesidad y el temor a las respuestas le anudaban el estómago.

–¿De qué hablás? –Leandro recordó de repente la conversación con su suegro la noche anterior. Intentó sonar despreocupado, a pesar de la expresión tensa que su gesto había adquirido en ese instante.

–Ayer, cuando les llevaba el café oí sin querer que hablaban con papá respecto a un viaje que te proponía junto a Federico, y algo así como que no tenés que ser tan blando y no sé qué de unos deudores. Decime la verdad, Leo, ¿no se están llevando bien? ¿Por qué te pide que seas más duro?

–Mariana rogaba más respuestas con su mirada que con sus palabras.

–Era eso... No pasa nada, son cuestiones de trabajo. Augusto es implacable con su laburo y yo soy un poco más relajado con la gente de mi equipo. Quiere que vaya con Fede para que vaya aprendiendo algunas cuestiones que él maneja prácticamente solo; parece que buscan sucesores estos viejitos –rio intentando descontracturar la conversación y disimular su engaño.

–Últimamente me siento rara, como si todo a mi alrededor fuera una gran mentira. No sé cómo explicarte, siento como si invisibles fantasmas me rondaran todo el tiempo.

–Vos lo dijiste, fantasmas.

–No me tomes el pelo, Leandro. Mis viejos están raros, mi mamá el otro día le hacía comentarios irónicos a mi papá... No sé.

–¿Qué tipo de comentarios?

–Por una pulsera que le compró a Inés en el viaje. Yo me hice la tonta. Recién llegaban, así que no quise preguntar más.

–Tu vieja es re celosa, ya la conocés. No tenés de qué preocuparte, gorda. Disfrutemos la comida y la noche que tenemos por delante. Estas preciosa hoy; siempre estás preciosa. Después vamos a un lugar más tranquilo y me voy a ocupar de que te olvides de todas esas pavadas que te andan rondando esa cabecita.

–No son pavadas. ¿Vas a viajar con Fede?, ¿adónde irían?

–No sé, amor. No hablé con él ni le pregunté nada a tu papá. La verdad es que tampoco pensé más en eso.

–Tené cuidado, Leandro. Espero no esté pasando nada extraño –comentó sin confiar en las respuestas de su novio, mientras movía nerviosa el servilletero.

El mozo se acercó con una humeante cazuela de mariscos que invadió el ambiente con su aroma. Mientras servían los platos, fijó su mirada en el mantel. *"Tengo que hablar urgente con Augusto"*, se dijo a sí mismo sin advertir que su novia lo observaba.

"Es evidente que oculta algo", adivinó Mariana, acomodando su servilleta en la falda antes de comenzar a disfrutar su plato preferido.

El placer de los sentidos fue aligerando el clima denso del encuentro. La intensidad de los sabores del menú era acompañada de un tempranillo, especialmente seleccionado por Leandro.

–Debo reconocer que el vino es delicioso. Muy buena elección, Leo.

–Te lo dije. La típica es que la gente elija el blanco, pero ninguno sabe como éste para acompañar este tipo de comidas. ¿Sabés cómo se llama el arte de combinar los alimentos con los vinos? –preguntó abriendo sus ojos en un gesto que a Mariana le pareció de maestro de escuela.

–Ni idea. Sabés que jamás tomo alcohol. Creo que es la primera vez que me animo a tanto, aunque a vos te parezca nada.

–Se llama maridaje. Estuve investigando un poquito hace unos meses, cuando viajé a Mendoza con tu papá, para la inauguración de la nueva bodega de los Burgos.

–Cuántas cosas estás aprendiendo junto a tus jefes, Leandro –le respondió enfatizando cada palat Su novio la miró sin responder; optó por el silencio. Mariana era la más dulce de las mujeres,

pero cuando una idea le rondaba la cabeza, lo mejor era dejar pasar el momento; cualquier mínima acotación terminaría en una discusión interminable y no podía arriesgarse a eso.

Sentía que remaba contra la corriente en un río fangoso. Ella medía cada una de sus palabras y sus gestos, mientras él se preguntaba cuánto tiempo habría estado detrás de la puerta, en la inoportuna discusión de la noche anterior.

Luego de compartir unas peras al marsala con helado de vainilla, especialidad de la casa, con esa mirada sombría que la había acompañado durante toda la cena, Mariana le pidió:

–Llévame a casa, Leandro. Realmente estoy muy cansada. No debí probar esa copita de jerez. Encima tomé vino, cuando acostumbro a tomar agua mineral y, como broche de oro, el postre con alcohol. Te parecerá una exageración, pero estoy un poco mareada –comentó mientras separaba la silla de la mesa comenzando a levantarse, sin darle tiempo a su novio a demostrar su habitual galantería.

–Tengo las llaves del departamento de Julio; mi tío se fue por unos días. Vamos para allá, te recostás un rato y nos relajamos juntos –le propuso con una chispa en la mirada, que a Mariana no le pasó inadvertida.

–Esta noche, no; mañana, a pesar de ser sábado, tengo ensayo a las diez de la mañana. Se hizo ya muy tarde. –Miraba su reloj pulsera acercándolo a sus ojos, como si el efecto del vino le hubiera nublado la visión.

–Un ratito, Marian, aunque más no sea –suplicó tomándola de la cintura mientras salían del restaurante.

–¿No entendés que estoy agotada y tengo que madrugar? Quizás mañana u otro día, vemos.

Su malhumor era evidente y decidió no insistir. Al día siguiente, durante el partido de golf, hablaría con Augusto. La situación estaba tornándose peligrosa.

Si no quieres que se sepa, no lo hagas
Proverbio Chino.

Capítulo 11

Entre Ríos, febrero de 1961

La quietud de esa tórrida y estrellada noche de verano, era apenas interrumpida por el brillo de las luces del Di Tella 1500 recorriendo la ruta desde Buenos Aires hasta la Ciudad de Colón, en la provincia de Entre Ríos.

Augusto había partido antes de la madrugada, con tiempo suficiente para descansar algunas horas, presentarse temprano en el Registro Civil y anotar a su hijo. No tenía intenciones de demorarse más allá de lo que durara el trámite y acordar con Ana la forma de hacerle llegar el dinero para la manutención del niño. La decisión ya estaba tomada; jamás se habían hecho promesa alguna, ni proyectado una vida juntos. Habían mantenido una relación abierta y libre, como el espíritu de esa mujer a la que alguna vez creyó amar. Nunca le había mentado y ella bien sabía de su compromiso con Julia.

La penetrante humedad y el intenso calor eran cada vez más insoportables. Por las ventanillas bajas del auto entraba un sopor que parecía aturdir aún más la mente de Augusto, donde las palabras de su padre resonaban con la gravedad de un toque de queda.

–Estuviste como ausente durante todo el almuerzo, hijo. Te noto preocupado, ¿tienen problemas con Julia? –había preguntado Eusebio, aprovechando un momento a solas, mientras las mujeres lavaban los platos luego del almuerzo familiar.

–No, papá, quedate tranquilo. Con Julia estamos bárbaro. Sería el colmo, estamos recién casados

–Lo que no me podés negar es que algo te tiene mal. Confiá en mí, sabés que soy una tumba. Tu madre me comentó que hace unos días viene notando que algo te pasa. Viste como es ella, no se va quedar en paz hasta que no sepa qué es lo que te preocupa; ya le debe estar haciendo un interrogatorio a Julia.

–No, por favor. Ni se les ocurra decirle nada a ella; ya bastante tengo con su insistencia –le había rogado bajando aún más el tono de voz.

–Convengamos entonces que algo ocurre, Augusto. No podemos ser tres personas viendo fantasmas

–No puedo hablar ahora, papá –había alcanzado a decir justo cuando Mercedes entraba al comedor, escoltada por su nuera trayendo una bandeja con cuatro porciones de almendrado.

–A ver si el helado nos refresca un poco –había dicho la dueña de casa mientras repartía el postre y las cucharitas–. Mercedes, ¿no quiere descansar un rato en mi cuarto?, es la parte más fresca de la casa. Vamos juntas, tengo unas cuantas revistas para prestarle si prefiere leer, en lugar de dormir la siesta. Pongo el ventilador, así estamos fresquitas.

–Nos vendría de maravillas, Julita, salvo que Augusto quiera acostarse. En ese caso nos volvemos a casa y los dejamos descansar.

–¿Cuándo me viste hacer la siesta, mamá? ¿Olvidaste las tardes de verano en Mendoza, cuando no me dejabas salir a la calle porque no andaba ni un alma a esa hora, y me querías obligar a dormir

–¡Como para olvidarme! No parabas de patear la pelota contra la pared del patio, que daba justo a mi habitación.

Cuando las mujeres ya se habían retirado, Eusebio no tardó en abordar a su hijo.

–Contame ahora qué es eso tan secreto que nadie puede saber.

–Mirá, papá, no sé si debería contártelo; prométeme que esto no va a salir de nosotros dos.

–Por supuesto, Augusto. Me estás asustando, ¿tan grave es? –Su padre lo miraba a los ojos, frunciendo el ceño con gran preocupación.

–Tanto como para que peligre mi matrimonio y se desmorone mi vida entera, si no cumplís tu promesa.

–¡Basta, por favor, decime ya de que se trata! Me estás volviendo loco imaginando cosas terrible:

–¿Te acordás de esa compañera de la pinturería, con la que anduve enredado un tiempo? Ana, se llamaba –había comenzado a hablar con la cabeza gacha, sin atreverse a mirar a los ojos a su padre.

–Sí, esa que tu madre tenía entre ceja y ceja porque se había dado cuenta que andaba con vos, mientras noviabas con Julia.

–Tuvo un hijo.

–¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

–Es mío, papá. Nació el 8, hace una semana –había susurrado Augusto apoyando los codos en la mesa, mientras sostenía su cabeza con ambas manos.

–¿Qué decís? –Su padre había levantado el tono de voz, tomándole con fuerzas uno de sus brazos, obligándolo a mirarlo a la cara.

–Por favor, papá, bajá el tono. Lo que oíste. Ella se volvió a Entre Ríos apenas se recibió, ya embarazada.

–¿Y vos sabías esto antes de que se fuera? –le había preguntado en tono de reproche.

–Sí, lo sabía. Me dijo que no quería atarme a nada, que era libre de hacer lo que quisiera, que se iba a hacer cargo sola. La nuestra era una relación sin compromisos, papá. Ana sabía muy bien de mi noviazgo y que estábamos organizando el casamiento. Vos sos hombre, imaginate que con Julia no pasaba nada. Ana es una mujer absolutamente distinta, una gran persona, pero no se ata a nada.

–¿Vos sos consciente de la situación? Cómo podés desentenderte así como así de un hijo, Augusto, un hijo. ¡Un hijo, por Dios! Importa un comino que la madre sea liberal, la quieras o la detestes. ¡Es TU hijo!

–Ya lo sé papá. Esta semana voy a ir a reconocerlo; ya acordé con Ana que le voy a pasar el dinero necesario cada mes. Pero no estoy dispuesto a blanquear su existencia, no puedo. Julia no lo entendería; estoy seguro de que me dejaría. Y tampoco voy a renunciar a mi carrera y a mis posibilidades de progreso en Buenos Aires, por ir tras una mujer que no amo y que además se encaprichó con traer al chico al mundo. No fue planeado. Pasó, y ella decidió tenerlo igual.

–Me das vergüenza, Augusto. No pude haberme equivocado tanto como padre. No sos un verdadero hombre –Eusebio movía su cabeza a ambos lados, como queriendo negar la realidad que, como una estampida, golpeaba su corazón.

–Papá, por favor, no me hables así –le había rogado Augusto con los ojos llenos de lágrimas–. Siempre fui tu orgullo y el de mamá.

–Ya no más, ya no más. Te he hecho una promesa. Y en el nombre de ese nieto, que Dios quiera algún día llegue a conocer, juro que me arrepiento. No le diré nada a tu madre porque le rompería el corazón. El corazón que te entregó el mismo día que supo que crecías en su vientre y que desde entonces se desvive por vos.

–Sigo siendo el mismo hijo. Yo los adoro, jamás les haría daño a ninguno de los dos, como tampoco a Julia.

–No, Augusto, no sos el mismo. No digo que dejes todo y te vayas con esa mujer. Pero el chico necesita un padre presente, que lo guíe, que le dé el mismo amor que vos recibiste, que te permitió crecer y ser alguien en la vida. Sos un ser egoísta y frío, Augusto. La vida te hará pagar el precio por este dolor que estás provocando, por esa criatura que estás abandonando. Ningún secreto permanece oculto eternamente, nunca lo olvides. Tarde o temprano, hasta los más terribles ven la luz del sol y casi siempre el error es irreparable.

–Papá... –había dicho Augusto estirando su brazo para tomar la mano de su padre.

–Andá a avisarle a tu madre que nos vamos. Decile que me siento muy descompuesto, que me cayó mal la comida.

Luego de darse una ducha para aliviar su cuerpo y mente del viaje agotador y unas pocas horas en las que lo único que logró fue dar vueltas en la cama del hotel, tomó un frugal desayuno y se dirigió al Registro con un nudo en el estómago.

Allí estaba ella, con su vientre aún un tanto abultado y una mantilla blanca tejida al crochet, de la cual asomaba una cabecita perfectamente redonda y calva.

Augusto no fue capaz de pronunciar palabra mientras observaba al niño, reconociendo sus propios ojos en esa carita inocente y sonrosada. Levantó luego de unos instantes su cabeza, uniéndole su mirada a la de la madre que, inundada en lágrimas, extendió sus brazos ofreciendo en silencio a su hijo. Pero él sólo atinó a tomar sus manos, rodeando ambos padres al recién nacido, depositando uno de los pocos besos que le daría en su vida, en esa frentecita cálida y serena.

Javier lo miró como si lo reconociera y, levantando apenas un bracito, rodeó un dedo de Augusto con su manito regordeta, mientras su padre acariciaba su barbilla.

–¿Cómo estás, Ana? –preguntó sin apartar la mirada del niño.

–Bien, feliz con mi hijo. Quiero aclararte que no estás obligado a hacer esto, Augusto. Sólo te avisé porque tenés tanto derecho como yo.

–Lo sé y te lo agradezco, Anita. Nunca volveré a reprocharte nada, pero no puedo cambiar las cosas. Y el bebé tiene derecho a llevar su verdadero apellido.

–Un apellido no define su vida si no tiene relación con su familia de origen. Pero respeto tu decisión. Me preocupa qué pasará el día que pregunte.

–Decile la verdad, Ana. Que fui un cobarde, que no arriesgué nada por él. No le mientas, no lo sometás a buscar a un padre que sólo aporta dinero, con la ilusión de encontrar en mí algo que no existe.

–Vamos al mostrador, terminemos esto cuanto antes.

Es muy doloroso escucharte.

Al cabo de unos minutos, salieron juntos de la oficina. Ana llevaba en su mano el Certificado de Nacimiento de Javier Alejandro Urrutia.

Augusto despidió con un abrazo a quien tanto le había dado y, por primera vez, tomó a su hijo en brazos, le pidió perdón al oído y, besándole ambas mejillas, lo volvió a los brazos de su madre.

...Notas van y notas vienen,
la tarde fragante y lirica
iba al compàs de mi mùsica.
Dorando sus fantasias...
Juan Ramon Jimenèz.

Capítulo 12

Buenos Aires, diciembre de 1983

Luego de aprobar todos sus exámenes y de largas horas de exigentes ensayos, llegó el día de la Gran Gala de Fin de Año organizada por el Conservatorio de Música. Ese año el festejo sería especial; además de cumplirse las bodas de plata del establecimiento, se jubilaba la Señorita Aurora Delgado, quien había ejercido su dirección durante los últimos quince años. Por tal motivo, y atento la gran concurrencia prevista, el evento se celebraría en el Teatro San Martín, en plena Avenida Corrientes.

Esa mañana Mariana apenas podía dominar sus nervios. Tomó un desayuno liviano, colgó en su placard el trajecito azul y la camisa de seda blanca que la modista le había entregado hacía un rato y se preparó la bañera con agua caliente y aceite de lavanda; necesitaba relajarse. Cuando estaba por entrar al cuarto de baño, Rosalía golpeó la puerta de su habitación.

–Marianita, ¿puedo pasar, chiquita?

–Sí, Rosa, pasá.

–Mirá lo que llegó para vos. ¡Sos toda una artista, mi reina! –dijo abriendo la puerta del cuarto, mientras con la otra mano le extendía una bolsa dorada con un inmenso moño rojo.

–¿Qué es esto? ¿Quién lo trajo? –preguntó mientras abría el pequeño sobre adherido a la cinta, de donde extrajo una pequeña tarjeta con dedicatoria: "Para la más hermosa, la que llena de música mis días. Te amo. Leandro".

–¿Algún admirador secreto?

–¡Ay, Rosa!, ¿quién va a ser si no Leandro? –Se ofuscó un poco mientras sacaba de la bolsa una brillante lata de bombones de Corso, con forma de corazón. Era evidente que a Rosalía no le caía muy bien el muchacho. Si bien nunca lo había expresado abiertamente, Mariana en más de una oportunidad había percibido el recelo con que lo miraba.

–Una nunca sabe, Marianita. Quizás si miraras a tu alrededor, más de uno debe andar revoloteánd

–¡Mirá que sos, eh! Hoy ni se te ocurra escaparte, ya está todo arreglado. Almorzarás con nosotros y después nos vamos a la peluquería; ya le dije a mamá que pida turno para las tres. Quiero que vos también estés preciosa –dijo tomándole las manos, mientras observaba con ternura los ojos húmedos de la mujer.

–Son un ángel, mi Marianita del alma. Si supieras lo que significás para mí...

–Lo sé Rosa, yo también te adoro. Y ahora dejame bañar porque vamos a terminar llorando como dos tontas. –Rio tomando su bata de toalla.

El hall del teatro estaba ya atestado de gente cuando Augusto, Julia y Rosalía volvieron de tomar un café en la confitería Politeama. Mariana había ingresado al teatro dos horas antes de la prevista para el inicio de la función. Rosalía lucía irreconocible con su vestido color champagne estampado con delicadas flores en color rosado y natural, su cabello castaño con finas hebras plateadas perfectamente peinado, suave maquillaje y zapatos de taco alto haciendo juego con una pequeña cartera en color beige, que su querida muchachita había elegido para ella durante una cálida tarde de compras. Julia se veía absolutamente formal, enfundada en un vestido de gasa negra a la rodilla, con un volado que caía de un drapeado en el escote, resaltando el conjunto con un collar de perlas y aros pendientes, haciendo juego.

Al ingresar lo hallaron a Leandro, elegantemente vestido con un traje gris de impecable corte, camisa blanca y corbata de seda al tono, con detalles en azul y negro, que su suegro había elegido

para él en su último viaje. Apenas los vio llegar, se acercó a saludar a sus futuros suegros, escoltado por sus padres.

–Buenas noches, esperaba encontrarlos al llegar –saludó al grupo, haciéndose a un costado para que su familia hiciera lo propio–. Mamá, papá, ella es Rosalía, la segunda mamá de Mariana –dijo guiñándole un ojo a la mujer, que no respondió al gesto que se le ocurrió demasiado zalamer

–Encantada –respondió tímidamente Rosa, aceptando la mano que el padre de Leandro le extendía y besando a su esposa que, como cada vez que se encontraban, observaba arrobada al señor Augusto.

Amanda Mansilla la miró de arriba abajo y, sin tacto alguno, comentó:

–Leandrito me ha hablado también de usted, señora. Es evidente el aprecio que le tienen sus patrones, ¡qué precioso vestido le han elegido!

Rosalía no atinó a responder al despreciativo comentario; simulando no haberse percatado de la intención, pensó: "Digno hijo de esta madre".

En ese instante, las puertas de acceso a la sala se abrieron y los asistentes se dispusieron a ingresar. Paula llegó justo a tiempo para unirse al grupo.

Luego de los saludos, agradecimientos de rigor y unas cálidas palabras de despedida a la directora saliente, a las que

ésta respondió con un emotivo discurso y profunda emoción, se inauguró formalmente la muestra.

Varios géneros musicales fueron deleitando al público, que ovacionaba con real agrado la actuación de los alumnos.

Conforme el programa que había sido repartido al ingresar a la sala, la cuarta presentación anunciaba un solo de saxo a cargo de Mariana Paz Urrutia. El telón se abrió una vez más y, bajo una cálida luz ámbar que seguía su delicado caminar, la concertista entró sonriente, saludando a los asistentes con una leve inclinación de cabeza, mientras se acomodaba frente al atril ubicado en medio del escenario.

"Autumn Leaves" sonó celestial en la impecable ejecución del instrumento que tantos dolores de cabeza le había dado durante los ensayos. El auditorio, luego de escucharla en perfecto silencio, irrumpió en un aplauso cerrado, mientras uno a uno se ponían de pie, admirando la impecable vers:

Mariana, con sus ojos húmedos de satisfacción, agradeció tanto reconocimiento, feliz de haber dado lo mejor de sí misma. Una vez más había puesto todo su tesón y compromiso en aquello que, en un principio, creyó no poder superar. Sus seres más queridos estaban allí, orgullosos de que lo hubiera logrado.

Varias filas más atrás, Javier Urrutia, también de pie, lloraba las heridas de su alma, la vida de ausencias a la que ese hombre lo había confinado, la indiferencia que llevaba grabada a fuego. Observaba a Mariana con devoción, como si el lazo de sangre que les había sido ocultado, hubiera atado en secreto sus corazones de hermanos.

Se sucedieron varias actuaciones hasta el saludo final, en el que todos los alumnos del Conservatorio fueron cálidamente ovacionados.

El público fue abandonando ordenadamente la sala, mientras Javier aguardaba paciente la salida de su padre. Al

verlo dirigirse al foyer, apuró su paso, logrando adelantarse y, viendo por el rabillo del ojo que estaba detrás suyo, se dio vuelta y lo enfrentó con su mirada.

El rostro angelical de ese joven donde contrastaban sus penetrantes ojos negros, enmarcado por un cabello casi dorado, provocaron en Augusto una extraña inquietud y, sin saber por qué, bajó su cabeza y siguió su camino. Javier lo dejó hacer, paralizado por una mezcla de odio y angustia, viendo cómo el hombre se volvía una y otra vez para mirarlo. No fue capaz de pronunciar palabra,

no pudo enfrentarlo. Se imaginó a su madre en el lugar de esa mujer, que se le antojaba fría y altanera. De repente fue consciente de la inmensa soledad que habría sentido todos esos años, en los que había sido madre y padre, sin haberse quejado jamás, demostrándole a su hijo y al mundo la felicidad y el orgullo de tenerlo. Imaginó las noches en que habría llorado en silencio las respuestas que él, siendo niño, tantas veces le había exigido al no comprender por qué su papá no estaba a su lado, porque jamás lo había visitado.

Durante mucho tiempo no ocurre nada y de repente, experimentamos una sorpresa, tenemos un encuentro, tomamos una decisión y ya no somos los mismos de antes.

Bernhard Schlink

Capítulo 13

Buenos Aires, enero de 1984

El baúl estaba listo para ser retirado por la empresa de transporte. Con la ayuda de Rosalía, Julia y Mariana habían empacado todo lo necesario para el viaje a Mar del Plata. Como cada verano, el casero los estaría esperando con la casa limpia y ventilada.

Cuando su hija era pequeña, Augusto había comprado un hermoso chalet en el barrio Los Troncos, revestido de la

típica piedra del lugar, techos de pizarra negra y un amplio parque con rosales de flores rojas, amarillas y rosadas, jazmines y varios macizos de lavanda, que brindaban un hermoso y variado colorido al jardín. Una piscina, a pocos metros de un espacioso quincho, y una pérgola

enmarcada por una Santa Rita de flores púrpura, hacían del lugar el deleite de esa familia que huía por unos meses de la bulliciosa Buenos Aires.

Ese sábado habían salido muy temprano por la madrugada, para evitar que el calor agobiante los encontrara en la ruta.

Leandro pasaría con ellos el fin de semana, pero el lunes a primera hora volverían con Augusto a hacerse cargo del Estudio, mientras Federico estuviera de vacaciones.

Durante el mes de enero, como ya era tradición, su padre solía ir a la costa sólo los sábados y domingos, bajo protesta de Mariana que lo extrañaba horrores y contaba los días hasta que llegara el mes de febrero, en que ya se instalaría con la familia durante el resto del verano. La consolaba que su amiga Paula, en pocos días, viajaría a pasar una semana con ella. Así no se sentiría tan sola y aburrida, sin Augusto ni su novio. Si bien con Julia solían hacer algunas salidas y caminatas a la orilla del mar, las horas de la tarde se le hacían eternas, mientras su madre jugaba a la canasta con las vecinas de carpa, con las que cada año se reencontraba en Playa Grande.

Grande fue su decepción al advertir que se había olvidado los libros que había comprado días antes para leer en las vacaciones.

—¡Hola, Pauli! Me tenés que hacer un favor —rogó a su amiga que la escuchaba atenta al otro lado del teléfono.

—Hola, Marian. Ya tengo todo preparado; el viernes próximo tomo el micro apenas salga del trabajo. Vos no te preocupes que me tomo un taxi en la terminal y voy directamente para tu casa —respondió entusiasmada sin siquiera reparar en el pedido de Mariana.

—Sí, amiga. Vamos a pasarlo genial. Ojalá el tiempo esté lindo así vamos a la playa o nos metemos en la pile. ¿Vos podés pasar por el departamento uno de estos días?; me olvidé la bolsa con los libros.

—¿Vas a estudiar en las vacaciones? ¿Te volviste loca?

—No, te hablo de las novelas que me compré para leer acá —rio Mariana.

—Sí dale, paso. Decime en qué horarios está Rosalía.

—Seguro la encontrás de mañana. Llamala y arreglá con ella, porfa. Así me los traes. Papá y Leandro no vienen hasta el otro fin de semana.

—Mañana la llamo. ¿Necesitás que te lleve algo más? —le consultó.

—No, que vengas pronto, así mi mamá afloja. Que qué como, que qué hago, que no me meta muy profundo en el mar, que ni loca salga a caminar sola... —rezongó Mariana imitando el tono de su

madre—. Encima sin ver a Leandro por quince días y con mi papá lejos...

—Dejá de quejarte, nena. Más de una quisiera estar dos meses de vacaciones en la playa —la reprendió Paula pensando en la vida tan distinta que ambas llevaban.

—Besitos, Pau. Te llamo el jueves así arreglamos. Mi vieja no quiere que te vengas sola; te vamos a ir a buscar a la terminal.

—Bueno, dale. Gracias, amiguita. Mañana llamo a Rosalía. Besos.

Luego de la algarabía del encuentro y de la cena que Julia había preparado esa tarde al volver de la playa, las dos amigas se retiraron a su cuarto.

—Marian, acá tenés los libros. Rosa me entregó también esto para vos. Me pidió que te lo diera cuando estuviéramos solas, por las dudas —le dijo Paula abriendo sus ojos en un gesto de extrañeza, mientras le entregaba una bolsa con sus novelas y un sobre blanco que rezaba "Mariana Urrutia-Confidencial".

—¿Y esto? ¿Quién se lo entregó? —exclamó frunciendo el ceño y recordando nuevamente el misterioso llamado que un mes antes había recibido.

—No sabe; me dijo que se lo dio José y que él tampoco vio quién lo llevó. Lo encontró en el buzón del edificio.

¡Abrilo ya! ¿No te morís de curiosidad? No tiene remitente.

Mariana rasgó el sobre con cuidado de no romperlo y lentamente, como quien teme recibir malas noticias, extrajo un papel rayado manuscrito. En silencio recorrió cada renglón, mientras se sentaba en el borde de su cama, tomando la hoja con ambas manos.

Querida Mariana:

Te pido por favor que leas esta carta hasta el final. Hace tiempo que quiero hablarte. Te llamé por teléfono y no quisiste escucharme.

Necesito conversar con vos, es muy importante para mí y, aunque ahora no lo entiendas, también lo es para vos. No tengas miedo, jamás te perjudicaría. Algo nos une y tenés que saberlo, así como yo lo hice hace apenas unos años.

Vivo en Entre Ríos; estoy parando en la casa de una amiga de mi mamá, pero pronto tengo que volver. Viajé a Buenos Aires sólo para encontrarte.

Nos hemos visto. Yo ya te conocía por fotos; ya te contaré. Te seguí por varios lados, pero me paralizaba al tenerte cerca, luego de que me cortaras aquella vez. Ya sé que fui un tonto, pero algún día podrás comprenderme.

Por favor Mariana, acordemos un encuentro; en un lugar público, para que te sientas segura. Elegí vos dónde, pero pronto.

Estos días te estuve llamando y no respondió nadie, por eso decidí dejarte esta carta. Te dejo el teléfono de la casa donde estoy: 50-7353. Si no

estoy, dejá el mensaje; cualquiera que te atienda será de absoluta confianza.

Te mando un abrazo. Dios quiera aceptes verme.

Javier Urrutia

Mariana quedó unos instantes con la mirada fija en la hoja que temblaba entre sus manos, con sus pensamientos que se arremolinaban como espesas nubes arrastradas por el viento, amenazando una tormenta. Levantó lentamente su cabeza para mirar a los ojos a su amiga que, sentada a su lado, le había rodeado la espalda con su brazo, tomándola de un hombro como para sostenerla al ver el extraño contenido de aquella carta.

—Paula, Dios mío. ¿Qué es esto? ¿Estás pensando lo mismo que yo? —la mirada de Mariana expresaba miedo y confusión.

—¿Y qué pensás vos, amiga? —No se animaba a hacer conjetura alguna.

—¿Viste la firma, Pau? Dice "Urrutia". Yo nunca te conté, pero en diciembre recibí un llamado de él. No me dijo su apellido, pero sí que quería hablar conmigo. Por la voz intuí que era joven. A los pocos días vi a un chico que me miraba, como vigilándome, cuando estábamos almorzando con Leandro y supuse que sería él.

—¿Por qué no me contaste nada? ¿Lo hablaste con alguien? —le reprochó su amiga.

—No sé. Tuve miedo; algo me hacía negarme a saber lo que tendría para decirme. ¿Qué hago, Paul

— Dale la oportunidad de hablarte.

—¿Pero cómo hago ahora? No volvemos hasta los primeros días de marzo.

—¿Y si te vas conmigo? Inventemos algo y después te volvés con Leandro y tu papá —se le ocurrió a Paula, que para entonces estaba convencida de que su amiga debía aceptar ver a ese chico.

—Mañana le decimos a mamá que tenemos una fiesta. ¿Me podré quedar en tu casa dos o tres días? —suplicó con angustia.

—¿Cómo no vas a poder? Pero pensémoslo bien; ya sabés que tu mamá va a llamar a la mía para ver si no hay inconveniente en que te quedes en casa. Vos seguís siendo una adolescente para tus viejos, Marian.

—Paula, ¿este chico será mi hermano? ¿En Entre Ríos? No puede ser.

—¿Y si hablás con tu papá? Tiene su apellido, tiene que saber —sugirió mientras se levantaba para despejar las camas y poder acostarse y descansar.

—¡Ni loca! Ahora quiero saber todo por mi cuenta; después veré.

En el viaje de regreso a Buenos Aires, Mariana releía la carta por décima vez.

Los días habían pasado con una lentitud pasmosa, a pesar del inmenso esfuerzo que había hecho para que su amiga disfrutara de esas vacaciones tan esperadas, en las que tomaron sol, nadaron en el mar, dieron largos paseos por la playa comiendo barquillos y devoraron toneladas de helados en la Peatonal.

En esas horas de tanta incertidumbre, agradecía en silencio la compañía de Paula, a quien más que nunca sentía como a una hermana.

Javier había atendido la llamada que Mariana, ya sin dudar, le había hecho al día siguiente de recibir su carta.

—Buenas tardes. ¿Se encontraría Javier? —preguntó tímidamente al oír del otro lado la voz que creyó reconocer.

—Sí, soy yo. ¿Mariana? —la respuesta del muchacho sonaba ansiosa.

—Sí.

—¡Dios mío! Tenía miedo de que nunca me llamas. Gracias, mil gracias. Por favor decime cuándo y dónde podemos vernos.

—Estoy en Mar del Plata ahora; nos quedamos hasta marzo. Me trajo tu carta una amiga que vino a verme. Yo me volvería con ella para poder hablar con vos. No sé, no entiendo por qué me buscás. ¿Tiene algo que ver con mi papá? —al decirlo las piernas de Mariana temblaban aún con más intensidad, sintiendo en su pecho una mezcla de angustia y temor por la respuesta que su corazón adivinaba y su mente negaba.

—Sí, es una larga historia. Pero por favor no hablemos de esto por teléfono. —Javier podía adivinar la confusión que invadía a su hermana.

—El miércoles a las siete de la tarde en la confitería de Corrientes y Callao, ¿te parece? —preguntó ella con la voz entrecortada.

—Perfecto. Nos vemos ahí. No te imaginás cuánto espero poder encontrarnos. Por favor te pido que no me falles —suplicó.

—Viajo especialmente para verte. Hasta el miércoles —dijo con un hilo de voz antes de romper en

llanto abrazando a su amiga, su sostén en ese momento en que sentía que una verdad que estaba a punto de descubrir, amenazaba con destruir los muros de sus seguridades y certezas.

Mariana observaba el cielo gris de Buenos Aires a través de la ventanilla del taxi. Una brisa cálida anunciaba una inminente lluvia, intensa como aquella que sentía caer sobre su ánimo. Su amiga la acompañaba en silencio; entraría un rato después que ella a la confitería, para sentarse en una mesa un tanto retirada como para no ser vista, pero tampoco demasiado lejos por si se trataba de un engaño.

Javier había llegado media hora antes y revolvía lentamente su café con la mirada perdida en la espuma que casi desbordaba el pocillo, mientras con su otra mano tamborileaba impaciente con los dedos sobre la mesa, cubierta con un grueso mantel color maíz. El mes de enero el centro de Buenos Aires solía ser mucho más tranquilo que el resto del año, pero esa tarde, quizás por la tormenta que se avecinaba, la gente iba y venía apurando el paso.

Cuando vio a Mariana entrar, se levantó de la silla para saludarla con la mano y que supiera que era él quién la esperaba. Ella lo había visto sólo una vez, pero su rostro, por algún extraño juego del destino, había quedado grabado en su memoria.

Ella sonrió apenas mientras se acercaba, le dio un beso y se sentó frente a él, observando esos ojos negros en los que, intuyendo ahora la verdad, reconoció la mirada de su padre.

Javier le contó la historia de Ana y Augusto, que hacía sólo algunos años él había conocido. Le habló de su infancia, de esa ausencia que siempre sintió en su alma a pesar del inmenso amor de su madre, que jamás le había hablado mal de su papá, ni había evadido sus preguntas. El año anterior había sido muy duro para él; su mejor amigo, un sobreviviente de la guerra de Malvinas, se había quitado la vida, víctima de la depresión que una pierna mutilada, la indiferencia de la sociedad y la falta de ayuda económica por parte del gobierno, le habían provocado. Esa terrible tragedia lo había sumido en una profunda tristeza. Había sido justamente él, Darío, quien tanto le había insistido para que buscara ese vínculo que le había sido negado, para que recuperara los lazos que lo unían a su hermana, quien no era culpable de la falta de amor y el egoísmo de su padre

—¿Cuándo naciste, Javier?

—En el 61. El 8 de febrero de 1961. Tus padres aún eran novios cuando mi mamá quedó embarazada

—Sí, claro. Ellos se casaron en diciembre del año anterior... ¿vos estás seguro de que mi papá sabe de tu nacimiento? —preguntó Mariana sin lograr entender semejante engaño de parte de su padre

—Llevo su apellido. Viajó a inscribirme, a reconocermelo y cada mes, aún hoy, le deposita a mi mamá dinero para mis gastos y estudios. Ya le dije mil veces que cierre la cuenta, que no quiero nada de él, pero me dice que fue su voluntad, que ella jamás le exigió nada y que tengo derecho a él

—Tenés derecho a mucho más, Javier, a tanto como he tenido yo. —La tristeza inundaba los ojos de Mariana, surcando con gruesas lágrimas sus rosadas mejillas.

—No llores, por favor. No estés triste, no quiero lastimarte ni arrepentirme de haberte buscado.

—¿Cómo supiste de mí si se vieron por última vez cuando naciste? —quiso saber su hermana.

—Por una ex compañera de la fábrica de pinturas donde los dos trabajaban. Mamá es muy amiga de ella y todos los años para las vacaciones viaja a verlos. Imaginate que ella en muy pocas oportunidades quiso volver a Buenos Aires; sólo lo hizo por algunos días, para asistir a unos Congresos de Psicología. Lucía sigue trabajando en la empresa y el dueño parece que aprecia mucho a tu papá o es cliente, no sé muy bien. Él le mostró unas fotos con ustedes en una fiesta de fin de año y, en uno de esos veranos, la escuché cuando le comentaba a mamá después de la cena. Les pedí que me contaran todo y anoté los datos: el nombre del Estudio de tu papá...

—Es el tuyo también, Javier —interrumpió Mariana.

—No, sólo tengo a mi hermana, con la que espero recuperar todo el tiempo perdido, si es que eso

es posible, pero no tengo padre. Tengo una madre que vale por dos, y no voy a traicionar su lucha acercándome al hombre que la abandonó esperando un hijo de él –respondió con todo el rencor acumulado en su corazón.

–Es terrible todo esto...Te pido tiempo, tiempo para pensar, para elaborar toda esta historia que me lastima. Mi mamá también fue engañada; supongo que no sabrá nada, que no fue capaz de haberse casado sabiendo que su futuro marido estaba negando la existencia de un hijo por nacer.

–Lo único que te suplico es que por favor no nos alejemos más. Te necesito, Mariana, llevamos la misma sangre. Mi identidad necesita aferrarse a vos, por lo menos eso es lo que me dijo mi mamá cuando le conté que estaba decidido a buscarte.

–¿Y qué sintió ella?

–Creo que orgullo y miedo a la vez, aunque no me lo confesara. Me quiso preparar para afrontar un posible rechazo; no sabía cómo ibas a reaccionar. Pero soy adulto y tengo el derecho de buscar mi pasado.

–¿Y qué hacés en Entre Ríos?, ¿estudiás, trabajás?

–Estudio Psicología en Paraná, y trabajo en el buffet de la Facu.

Mariana lo miraba con admiración, reflexionando en cuánto le habría gustado compartir su infancia con un hermano mayor, cuánto hubiera disfrutado su compañía y que fuera su confidente; haber podido ensamblar ambas familias. De pronto recordó a su madre y se preguntó cómo enfrentaría esta situación, esta realidad que no estaba dispuesta a callar. No iba a ocultar a Javier, no era justo todo lo que había sufrido.

En ese silencio, la mirada color café de su hermano se endulzó con la miel de los ojos de Mariana, que lo observaba con ternura y la esperanza de un cariño incipiente.

Leandro, extrañado de no recibir noticias de su novia, decidió llamarla a la casa de Paula.

–Hola, amor. ¿Qué pasa que no me llamaste cuando llegaste? ¿Cómo te fue en el cumpleaños de a

–No tuve ningún cumpleaños, fue una mentira para poder volver, pero por favor ni se te ocurra contarle a papá. Estoy destruida, Leandro. Mi papá es un mentiroso, no puedo creer que haya sido capaz de engañarnos tanto –le contaba Mariana con la voz entrecortada por el llanto.

–¿De qué hablás, Mariana? –tantos eran los engaños de Augusto, que no sabía cuál de todos habría descubierto su novia.

–Tiene un hijo, un hijo más grande que yo. Hace veintitrés años que lo oculta, le negó su amor toda la vida.

El silencio del otro lado del teléfono la exasperó.

–¿Me estás escuchando, Leandro?

–Sí, claro. No sé qué decirte. Hablá con él, seguro sabrá explicarte.

–¿Te das cuenta de lo que te estoy contando?

Es gravísimo, ¿no te sorprende, acaso?

–Es que... –su novio no supo cómo seguir. –¡Por Dios, Leandro, decime que no sabías nada!

–Hablá con tu papá antes de condenarlo. No creo que lo haya dejado a la deriva; se habrá ocupado de su alimentación, de sus estudios.

–¡Lo sabías! –gritó sin reparar en que estaba a pocos metros del comedor, donde los padres de Paula estaban desayunando.

–No sé tanto como vos pensás, Mariana. Sólo me ha hecho algunos comentarios al pasar, cuando cada mes me pedía que me ocupara de hacer los depósitos en el banco.

–¡Sos una basura, Leandro, me lo ocultaste! Sabías que tengo un hermano y nunca me lo contaste. Por chupamedias de mi papá, por ganar puntos en el Estudio. Así te convertiste en su mano derecha

–Son cosas privadas de él, me pidió que le guardara el secreto. No soy un bocón, Mariana.

–Soy tu novia, no una compañera ni una vecina. Se trataba de mi vida también. ¡Ni se te ocurra mañana viajar conmigo a Mar del Plata! ¡No quiero pasar el fin de semana con vos, no quiero verte! ¡Y pobre de vos si hablás una sola palabra con él sobre esto, porque ahí sí que no me ves más el pelo! –gritó presa de un ataque de nervios, colgando el auricular sin oír las excusas que Leandro intentaba darle.

Cuando los hombres aman a las mujeres solo les dan una poco de su vida;
màs las mujeres, cuando aman, lo dan todo.
Oscar Wilde

Capítulo 14

Mar del Plata, enero de 1984

El viernes por la tarde Augusto pasó a buscar a su hija por el departamento de Paula, para volver juntos a la casa de Mar del Plata.

Mariana viajaba sumida en un incómodo silencio, apenas respondiendo con monosílabos las preguntas de su padre, que no podía sonsacarle los motivos de la pelea con Leandro.

Ya bien entrada la noche, al llegar, saludó a su madre con un abrazo y, con la mirada húmeda de angustia, le anunció que no cenaría; sólo quería irse a dormir.

Julia, sorprendida, miró a su esposo por encima del hombro de su hija, levantando su cabeza como pidiendo una explicación.

–Se peleó con Leandro –le dijo al oír que su hija cerraba la puerta de su habitación.

–¿Es serio?, ¿para tanto fue la cosa?

–Ninguno de los dos soltó prenda. Ya se les va a pasar, serán cosas de chicos. ¿Quién no se peleó alguna vez de novio?

–Restó importancia al asunto, guiñando un ojo a su esposa, que lo miró preocupada.

A la mañana siguiente Mariana se presentó en el comedor mientras sus padres desayunaban y hacían planes para ir a la playa.

–¡Buen día, princesa! Cambiá esa cara y sentate con nosotros. Salgamos temprano, que ya vas a ver todo mejor –la saludó Augusto intentando levantar el ánimo de su hija.

–Quedate mamá, tenemos que hablar –dijo cuando Julia se levantaba para servirle el café con leche.

–Pero esperá que te sirvo el desayuno, ya vengo –respondió dirigiéndose apurada hasta la cocina para llenar la taza de Mariana.

El silencio sepulcral fue interrumpido recién cuando su madre regresó, depositó la taza humeante delante de su hija y ocupó nuevamente su lugar en la mesa familiar.

–Mamá, ¿vos sabías que papá tiene un hijo? –largó sin preámbulos, dirigiendo una mirada furtiva a su padre, que empalideció ante semejante anuncio.

–¿Qué?, ¿qué locura es esa Mariana? –exclamó Julia con cara de horror.

–Sí, mamá, lo que oís. Se llama Javier, el mes próximo cumple veintitrés años. Vive en Entre Ríos. Papá nos miente desde siempre. Esa mujer con la que andaba quedó embarazada cuando ustedes estaban de novios, ¡y él lo sabía! –gritó llorando, acongojada de dolor e impotencia, mientras su padre se levantaba de la silla, apoyando ambas manos en la mesa como si fuera a caers.

Julia no daba crédito a lo que oía, ahogando un grito tapándose la boca con ambas manos.

–¡Augusto!, ¿qué dice esta chica? ¡Hacela callar, se volvió loca! –dijo de repente.

Su esposo volvió a sentarse, vencido por el golpe que acaba de recibir, por la derrota con que su propia traición ahora lo abofeteaba.

–¡No te atrevas a negarlo, papá! Estuve con él, tiene tus mismos ojos, sólo que él tiene la mirada transparente, pudo mirarme de frente cuando hablábamos de esto.

–¿Cómo lo supiste? –atinó a decir Augusto con un hilo de voz.

–Quedate tranquilo que no fue Leandro, él no iba a arriesgarse a perder su lugar privilegiado en la oficina, siendo sincero y leal conmigo. Y después de todo no tengo porqué darte explicaciones de cómo me enteré. Sos vos quien debe dárselas a mamá, a quien engañaste toda la vida; y a tu hijo, aunque creo que nunca va a querer escucharte.

–Y yo que me sentía culpable por sospechar de Inés. ¡Qué ingenua fui! ¡Inés, la madre de tu hijo y

quién sabe con cuántas más me engañaste, Augusto! –lloraba Julia ante la mirada atónita de Mariar
–¿Inés?, ¿con tu secretaria también, papá? ¡Podría ser tu hija, no tenés vergüenza!

–¿Qué tiene que ver Inés en todo esto? Por favor, Julia, dejame que te explique. Es una vieja historia. Nosotros éramos novios; ella era una compañera de trabajo y los dos éramos conscientes de que era una relación libre, sin compromisos. Yo siempre te respeté, pero pasó. Soy un hombre, Julia; era joven, no me obligues a dar más detalles delante de la nena.

–No soy una nena, papá, enténdelo de una vez. Y si pasó, por lo menos te hubieras hecho responsable, ya que eras tan hombre como vos decís.

–Esa mujer eligió irse de Buenos Aires, volver con su familia. Yo me hice cargo del sostén económico del chico y le di mi apellido, como correspondía.

–Sí papá, como correspondía. Es infame lo que estás diciendo. Lo que correspondía era que no lo ocultases, que fueras un padre tan presente como lo fuiste conmigo. Si te revolcabas con la madre, él no tuvo la culpa.

–¡Mariana! –la reprendieron al unísono.

–No seas hipócrita, papá. La verdadera ofensa no es mi vocabulario, sino los años en que nos hiciste vivir a todos en una mentira.

Julia, que no paraba de llorar y mover su cabeza de un lado a otro, como queriendo negar la realidad que sacudía su vida con la fuerza de un terremoto, de pronto se levantó y, mirando a su esposo, le exigió:

–Andate Augusto. Volve a Buenos Aires, a Entre Ríos, a la casa de Inés o donde se te ocurra, pero andate ya. No quiero verte, no quiero escucharte. Quiero estar sola; con Mariana, por supuesto, pero sin vos.

–Julia, por favor, hablemos –suplicó Augusto vencido.

–No, por lo menos no ahora. O te vas vos o me voy yo –fueron sus últimas palabras mientras se dirigía al dormitorio de su hija, cerrando la puerta tras de sí. No quería estar presente cuando Augusto saliera de la casa. Temía que el dolor y la confusión la traicionaran.

–Perdoname mamá por tantas veces que te habrás sentido mal cuando te peleaba, cuando le demostraba más cariño a papá. Vos sabés que te quiero –le dijo esa noche acariciando el cabello de su madre, sintiéndola ahogar el llanto en la almohada.

–Mi vida, no digas eso. Suele suceder entre padres e hijas. Y no te confundas, siempre fuiste la luz de los ojos de papá, su tesoro.

Esa noche se durmieron abrazando su pena y su dolor, compartiendo la cama matrimonial para atenuar el vacío que de pronto anidaba en sus almas.

Capítulo 15

Buenos Aires, marzo de 1984

Luego de esa temporada de verano en que Mariana había hecho un esfuerzo bellyánico por mantenerse fuerte y no aumentar aún más la tristeza de su madre, se disponían a volver a Buenos Aires sin saber aún como retomarían su vida.

Pese al asombro de su hija, y luego de mucho meditar, Julia estaba dispuesta a perdonar a Augusto –Mamá, yo no debería meterme en sus asuntos de pareja, pero no comprendo cómo podés perdonar a papá así como así. Te engañó durante todos estos años, no sólo con la madre de Javier sino que, según tus sospechas, también con Inés.

–Sos muy joven, hija, para entender algunas cosas –le respondió su madre sin mirarla a la cara, simulando estar atenta al armado de las valijas.

–¿Cuándo la van a terminar con eso de que soy chica, joven, incapaz de entender nada? Tengo ya veintiún años, mamá. Tenés que hacerte respetar, te debe veintitrés años de explicaciones.

–¿Y qué voy a hacer lejos de tu padre, Mariana? Me dio todo lo que tengo, una vida de reina, jamás me dejó faltar nada, estuvo siempre atento a mí. Al final de cuentas, buscó lo que yo siendo tan joven no le daba.

–¿Y después, mamá? ¿Qué buscó en su secretaria? ¿Y no te parece que fue muy lejos al ocultarte ni más ni menos que a un hijo? Yo no puedo perdonarlo. Ni a él ni a Leandro, que fue cómplice de papá. Prefirió acomodarse con él que ser sincero conmigo.

–Es una situación muy difícil para él, no tenía opción –intentó interceder su madre.

–Vos sabrás, mamá. No soy yo la que te vaya a decir lo que tenés que hacer. Sólo te digo que para mí nunca va a ser el mismo padre a quien amé más que a mí misma. Fue por ustedes, porque me sentí incapaz de dejarlos, que decidí no irme con Rodrigo cuando terminé la secundaria. Sé que era muy chica para semejante decisión, pero hubiera preferido estar lejos en estos momentos.

–Por favor, no me digas eso –suplicó Julia llorando.

–Es la verdad. Lo único que rescato es que Javier pudo encontrarme y, aunque sea sólo un poco, rearmar su historia y establecer un vínculo conmigo.

–Dale una oportunidad a Leandro; por lo menos escuchalo.

–No sé mamá. Me voy a mi cuarto a terminar de armar mis cosas –dijo cerrando la puerta tras de sí. Necesitaba refugiarse en su habitación y estar a solas con sus pensamientos. Nunca podría entender a su madre.

Días después Augusto las esperaba ansioso en el departamento. Ante la insistente negativa de Mariana de viajar con él en el auto, se habían vuelto en micro, sin siquiera aceptar que las fuera a buscar a la Terminal de Retiro. A regañadientes, y para no generar más discusiones, Julia había soportado estoicamente la incomodidad del traslado.

Al oír el ruido de la cerradura, Augusto se levantó de un salto del sillón del living donde mataba el tiempo hojeando el diario, que no lograba concentrarse en leer. Corrió a la puerta a recibir las valijas que el encargado del edificio había ayudado a subir y recibió a Julia con un tímido beso.

Su hija sólo levantó un poco su cabeza mirándolo con frialdad, en un gesto parecido a un saludo, sin acercarse ni dirigirle la palabra. En ese momento Rosalía salía de la cocina; las esperaba con el almuerzo ya listo. Mariana dejó su bolso en el piso y corrió a abrazarla, no pudiendo evitar romper en llanto al ver a su querida Rosa; ya la pondría al corriente de todo lo sucedido. Augusto observaba la escena sintiendo el dolor de un desprecio que bien sabía que merecía.

Sólo por respeto aceptó sentarse a la mesa con sus padres, compartiendo la primera comida de muchas más que transcurrirían en un incómodo silencio, testigo de una familia que comenzaba a transitar su derrumbe.

Ya a solas en su cuarto, Augusto intentó acercarse a su esposa, que acomodaba su ropa en el placard.
–Julia, no sé cómo pedirte perdón por tanto mal que te hice. Quise protegerte, tuve miedo de perderte si te contaba la verdad a sólo unos meses de casarnos –dijo en voz baja tomándole la mano y dirigiéndola al borde de la cama para sentarse a conversar.

–No es sólo a mí a quien hiciste daño. Destruiste la vida de ese chico, la lastimaste a Mariana, que sabe Dios si alguna vez podrá perdonarte. Lo involucraste a Leandro en esta historia y ahora tu hija tampoco quiere verlo. Y hay algo que estuvo rondando en mi cabeza estos días, Augusto –dijo mirándolo a los ojos.

–¿Qué cosa? Decime, aclaremos todo, por favor.

–¿Tu madre sabe de esto? Quiero decir si está al tanto de ese hijo tuyo.

–No, Julia, nunca lo supo... –respondió con la mirada perdida en sus recuerdos.

–¿Y tu papá? Hay algo que me dice que tu padre llegó a enterarse.

–Mi papá...mi papá, Julia... –dijo mientras su rostro comenzaba a surcarse de lágrimas.

–Lo imaginé. La última que vez que lo visité en la clínica, cuando estaba entrando en la habitación y vos te despedías hasta el día siguiente, me pareció oír que susurraba algo referido a un secreto que se llevaría a la tumba. Nunca quise preguntar, pensando que era algo suyo, muy personal, y temí causarte dolor porque sé que nunca superaste su muerte. Evitabas cada conversación en que lo recordábamos.

–Sí, él lo supo y lo maté de disgusto. Estaba muy enojado conmigo; se avergonzó de mi actitud.

–¿Cómo llegó a saberlo?

–No sé si recordás la última vez que vinieron a almorzar a casa; después de comer mamá y vos se recostaron a leer unas revistas porque ella estaba un poco cansada. Él y yo nos quedamos tomando un café en el comedor y me comenzó a indagar, insistiendo en que algo me pasaba. No aguanté más y se lo conté. Se enfureció conmigo, puso la excusa de un dolor de estómago y se fueron. A los dos días tuvo el infarto. Jamás me lo voy a perdonar. –Augusto lloraba amargamente.

–¡Qué horror! Pobre Eusebio, cuánta tristeza. Cuántas víctimas de tu engaño, demasiadas. –Julia sentía su corazón desgarrarse de angustia y rabia a la vez.

–Por favor, aún estoy a tiempo de intentar reparar algo de lo que he provocado. Sabés bien que nunca dejé de quererte, Julia, que me desviví siempre por vos, para que tuvieras la mejor vida posible. Les di todo a vos y a Marianita –suplicó acercándose a abrazarla.

–Dame tiempo, por favor. Necesito pensar, meditar mucho. Tenemos tanto por hablar, por aclarar. Ya no estoy dispuesta a callar mis dudas, las sospechas que no dejé salir a la luz por seguir mi vida como si nada pasara. Pero llegó el momento de ir poniendo todo sobre la mesa para poder continuar.

–Decime qué querés saber, Julia.

–No quiero hablar ahora. Te dije que necesito tiempo. Tengo mucho por procesar. Por el momento quiero terminar de ordenar algunas cosas y recostarme a descansar. El viaje me agotó y me duele mucho estar en casa en este clima de tanta angustia.

–Como prefieras. Yo tengo que volver al Estudio; nos vemos a la noche.

Julia continuó desarmando su valija sin responder el saludo de su esposo y esquivando el beso que él intentó darle antes de salir de la habitación.

Al verlo entrar, Inés supo que las cosas estaban peor de lo que había imaginado. Augusto tenía la derrota instalada en la mirada. Acarició su rostro agobiado e intentó besarlo en los labios. Él

esquivó su boca, ofreciéndole sólo su mejilla.

Se sentó en el amplio sofá del living, donde tantas veces habían explotado de placer, enredados sus cuerpos y sus almas. En silencio observaba sus ojos que le hacían mil preguntas, los rojizos cabellos que caían como cascada resaltando la sensualidad de sus rasgos. No, no sería capaz de dejarla. Era suya, era quien despertaba su hombría como nadie jamás lo había hecho. Amaba a Julia, pero nunca había sentido la pasión, el ardor en la piel que Inés le despertaba.

—¿Qué pasa, Augusto? —preguntó en un susurro.

—Me siento acorralado. Inés y Mariana volvieron a casa; el clima es insostenible. Mi hija no me habla, Julia me llena de reproches, la culpa por la muerte de mi padre no deja de torturarme. Traicioné la confianza de mi familia y dejé cicatrices imborrables en mi hijo, a quien siempre negué por cobardía. No puedo continuar con esta vida de mentiras.

—¿Estás queriendo decirme algo más, Augusto?

—No puedo decirte nada, Inés. Sólo tengo preguntas y ninguna respuesta. Ya no hay certezas en mi vida.

Inés lo rodeó con sus brazos, besando su cuello mientras acariciaba su pecho por debajo de la camisa que iba desabotonando. Augusto no pudo evitar la excitación que las manos expertas de su amante le provocaban. Entre sus piernas se desató una nueva batalla, dejándose vencer nuevamente en aquella cama que tan bien conocía.

....No era màs que un zorro semejante
a cien mil otros. Pero yo lo hice mi amigo
y ahora es el ùnico en el mundo...

Antoine De Saint-Exupèry

Capítulo 16

Buenos Aires, mayo de 1984

Pese a todas las mentiras y traiciones, Julia decidió perdonar a Augusto. Sin embargo el clima en ese hogar nunca volvió a ser el mismo. Cada movimiento de su esposo era observado con una sombra de dudas y un impuesto silencio.

Mariana evitaba las reuniones familiares, mientras buscaba la forma de escapar de esa vida que la oprimía. Fue el llamado de su amiga lo que encendió una pequeña llama de esperanza en sus ansiados proyectos.

—¡Hola Marian! ¡Estoy súper feliz; tengo una muy buena noticia! —las palabras salían atolondradas desde el auricular del teléfono.

—¡Hola, contame, contame ya!

—Un amigo de la Facu me ofreció laburo en el Estudio donde él trabaja. Un compañero suyo se recibió y decidió independizarse, así que necesitan a alguien que lo reemplace.

—¡Qué alegría, amiguita! Con lo mal que están en tu trabajo; además que se trata de lo tuyo. Esto merece festejo, Pauli.

—Sí, obvio. Recién salgo de la entrevista; Julián me acompañó a la salida de clases. Al principio es para hacer las recorridas por Tribunales y ayudar a uno de los abogados del staff. No sólo me pagan el doble de lo que estoy cobrando, sino que también me sirve muchísimo como experiencia. ¡Ayyyy, Marian, no sabés lo entusiasmada que estoy! Paso por tu casa y te cuento bien, ¿dale? —propuso Paula, ansiosa por seguir la charla.

—No, acá no. O yo voy a la tuya, o nos encontramos en algún lado. Mi papá está por llegar y no quiero darle lugar a que aproveche la oportunidad para darnos conversación.

—Te entiendo. Venite a casa, cenamos algo y te quedás a dormir. Traete lo que necesites para mañana.

—Buenísimo. Me doy una ducha, me preparo todo y voy. Te llevo un lemon pie para festejar; no será casero, pero vale igual. Para la próxima le pido a Rosalía que te haga uno especial.

—¡Hmmm, qué rico! Te espero. Besos, Marian, y gracias por estar siempre —agradeció Paula.

Debajo de la ducha tibia, los pensamientos se alborotaban como un torbellino en la cabeza de Mariana. Quizás ahora pudiera darles forma y concretar algunos de ellos.

Luego de la cena familiar, los brindis y el postre, se retiraron al cuarto de su amiga, recostándose en los almohadones desparramados sobre la alfombra. Desde chicas disfrutaban esas noches de confidencias y charlas interminables.

—Pau, ¿seguís con el proyecto de irte a vivir sola? —preguntó Mariana estirando sus brazos y cruzando las manos detrás de su cabeza.

—Ahora más que nunca. Mis viejos son unos divinos, pero ya sabés como soy, me gusta la independencia.

—¿Es una indirecta? --Su amiga siempre le reprochaba que vivía buscando la aprobación de sus padres, que todo lo controlaban.

—No, nena. Por más que te diga lo que te diga, sabés que te respeto.

—Es que lo estuve pensando mucho y esta noticia tuya me terminó de decidir. Quiero irme de mi casa. No soporto vivir escondiéndome para no ver a papá; la sumisión de mi vieja, que no puedo entender; pareciera que no tiene dignidad. ¿Y si nos vamos juntas? No sé, Pauli, si tu idea es irte sola o si te gustaría que nos alquilemos algo. Sé sincera conmigo, no quiero que te sientas obligada ni invadida.

–¡Bien, amiga! ¡Qué cambio! Por supuesto que me encantaría. Si bien voy a cobrar más, tampoco está la situación para tirar manteca al techo. Estaría bueno para empezar y vamos viendo. Sos una hermana, Marian; sé que a vos te va a hacer muy bien. Yo estoy dispuesta a soportarte –exclamó entre risas, arrojándole uno de los almohadones por la cabeza.

–¡Malvada, vamos a ver quién soporta a quién! Yo tengo unos ahorros y con los alumnos de música e inglés que tengo podría arreglármelas. No pienso pedirle un peso a mi papá. Estaría bueno tener un ambiente donde pueda poner mi piano y dar clases allí, así podría enseñar a los que aún no tengan uno. Varias veces me consultaron y yo, para no llevar a nadie a casa, no acepté.

–Genial, sólo que deberíamos organizar los horarios. Vos podrías recibirlos cuando yo estoy trabajando, o en la Facu.

–Mañana mismo compramos el diario y recorremos inmobiliarias.

–Lo ideal sería alquilar por medio de algún contacto y ahorrarnos la comisión –sugirió Mariana –. Me gusta verte así. Hace tiempo que no te escucho tan entusiasmada. ¡Brindemos con otra porción de lemon pie!

–¡Gordaaa! Vamos a tener que alquilar un corral, no un departamento.

Y así continuaron la noche, envueltas en proyectos, ilusionadas, riendo a carcajadas, como hacía tanto tiempo no lo hacían.

Al día siguiente, a la salida del Conservatorio, Leandro la esperaba en el hall de entrada. Si bien Mariana no se sorprendió, tampoco se alegró al verlo. Hacía meses que lo evitaba, luego de pedirle un tiempo para replantearse la relación.

–¿Qué hacés acá, Leandro? –lo increpó furiosa sintiendo su presencia como una persecución.

–Ni siquiera me atendés por teléfono, Mariana. Ya no sé cómo hacer para verte.

–No me veas y punto. No quiero hablar con vos. Me están esperando para dar una clase; otro día te llamo –dijo mientras se dirigía a la salida.

–¡Pará, Mariana; no me podés tratar así! –La agarró con fuerza de un brazo acercándola hacia él.

Mariana no quería reconocer lo atractivo que le resultaba verlo así, con esa furia que lo volvía irresistible. Esos ojos azul verdoso que tanto la habían enamorado, echaban chispas.

Leandro debió advertir el temblor en las piernas de su novia, porque sin darle tiempo a escapar la besó con furia, sin importarle la gente que pasaba por la calle. Ella levantó las barreras de su orgullo herido, aceptando que la llevara en su auto a la casa de su alumna.

Madre, yo al oro me humillo.
Èl es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado
ando continuo amarillo.
Que pues doblòn o sencillo
hace todo cuanto quiero, Poderoso Caballero
Es Don Dinero..
Francisco De Quevedo

Capítulo 17

Buenos Aires, junio de 1984

La relación con Leandro siguió con más retrocesos que avances. Si bien Mariana nunca había sido rencorosa, las heridas provocadas por su padre, con la complicidad de su novio, aún no cicatrizaban. Habían dejado huellas indelebles en su alma.

Su amiga había conseguido un luminoso departamento por la zona de Caballito, que se adaptaba a las necesidades y presupuesto de ambas. Gracias a las manos habilidosas de la madre de Paula, que les cosió hermosas cortinas de voile para cada uno de los ambientes y las brochas y pinceles de su esposo, el "palacete" -como ellas lo llamaban-había quedado precioso.

Sin embargo, a Mariana aún le faltaba enfrentar la reacción de su familia; había hecho todo a sus espaldas y ya no tenía sentido demorar la mudanza. Sólo su querida Rosalía guardaba su secreto y la apoyaba en su decisión, aun a sabiendas de que la extrañaría horrores.

Al mediodía de ese sábado, luego de que su padre se fuera a uno de sus partidos de golf y Julia regresado de la peluquería, Mariana decidió enfrentar el momento, sincerándose durante el almuerzo.

-Mamá, sé que lo que voy a decirte no te va a gustar, pero te pido que me escuches antes de armar un escándalo -anunció mientras su madre la miraba sin comprender -. Hace tiempo que estoy pensando en irme de casa, no puedo seguir viviendo acá. Se nos presentó una buena oportunidad y con Paula alquilamos un departamento.

-¿Te volviste loca, hija? ¿Qué es lo que te falta acá? Somos una familia, vos todavía no te casaste. ¿En qué cabeza cabe que te vayas así como así? -le reprochó espantada.

-Vamos por partes, mamá. Primeramente que dejamos de ser una familia hace rato. Yo no quiero compartir nada con papá, por lo menos mientras no cambie de actitud con Javier.

-¡Ya veo! Ese mocoso te está llenando la cabeza; quiere contagiarte el rencor que le tiene a tu padre. No te olvides la devoción que toda la vida sintió por vos; sos la luz de sus ojos, Mariana.

-¡No es ningún mocoso, mamá! Es mayor que yo, y el rencor que siente por papá no es nada comparado con lo que él le hizo. Además nada tiene que ver Javier en esta conversación, así que por favor no lo metas en el medio de esto. No puedo ni quiero seguir escondiéndome, yéndome de casa para evitar estar con él. Esta familia fue siempre una farsa. Me sobreprotegieron para vivir en una mentira y no me permitieron madurar.

-Sos muy injusta, hija. Nuestra única hija y nos pagás así.

-TU única hija, mamá. Las cosas pudieron ser muy diferentes, pero así lo decidió papá. Ya no hay vuelta atrás, el departamento está listo y tengo proyectos de trabajo con los cuales sostenerme.

Un silencio que pareció interminable se interpuso entre las dos

-No vamos a dejar de ayudarte, prometo hablar con tu padre -dijo Julia vencida, tomándole las manos.

-No, mamá. No es soberbia, pero no quiero ayuda. Ya bastante me ayudó para llegar al punto en el que estoy. Vos podrás visitarnos, obvio que con aviso previo y sin invadir -suavizó el tono acariciando el rostro de su madre. Sabía que ella también era una víctima, pero no comprendía las razones por las cuales aceptaba quedarse al lado de su esposo.

-Se avecina un huracán, hija. Tu padre se pondrá como loco.

-Tratá de hacerlo entrar en razones y si no, lo lamento; es su problema. El martes próximo haremos la mudanza. Sólo voy a llevarme el piano y mi ropa; vamos a usar dos camas que Paula tenía en su habitación.

El silencio fue testigo de la profunda tristeza de Julia. Su hija había crecido y tomaba las riendas de su vida. En el fondo se sentía orgullosa de ella; era capaz de tomar sus propias decisiones y hacerse cargo de las consecuencias. *¡Qué distinta hubiera sido mi vida si hubiera tenido, aunque más no fuera, la mitad de la autodeterminación con la que Mariana en este momento me sorprende!*, pensó con pesar.

Ni las noches sin dormir de su padre, que Julia no omitía contarle en un desesperado intento por hacerla cambiar de opinión, ni los reproches de Leandro por haberse enterado a través de Augusto de su decisión, lograron amainar el entusiasmo de Mariana.

Era feliz cada día haciéndose cargo de su propia vida. Disfrutaba tanto los momentos de soledad y silencio, como aquellos compartidos con su amiga. No extrañaba los lujos y comodidades de su hogar familiar; las obligaciones de mujer adulta le sentaban de maravillas.

Una mañana, mientras estudiaba en la cocina, antes de concurrir a sus clases en el Conservatorio, una urgente llamada de Rosalía volvió a poner en jaque su recién estrenada tranquilidad:

–Marianita, por favor perdoname que te llame, pero tu mamá está con una crisis nerviosa. Están haciendo un escrache en la puerta del edificio y en el Estudio de tu padre. No sé cómo calmarla –la voz de Rosalía sonaba desesperada.

–¿Un escrache?, ¿y eso por qué, Rosa?

–No sé, chiquita. Desde la ventana no se ven los carteles y Julia no quiere que salgamos al balcón. Tocarón el portero eléctrico y comenzaron a insultar a tu papá, todavía se oyen los gritos; le dicen usurero. No entiendo.

–¿Mamá no lo llamó?

–Sí, pero la atendió Leandro porque Augusto estaba descompuesto. Le comentó que allí también era un escándalo, y que todo se trataba de una confusión.

–Pasame con mamá, por favor, Rosa.

Julia tomó el teléfono, pero Mariana no lograba entender lo que le decía con la voz entrecortada por el llanto. Decidió entonces ir a verla.

Cuando el taxi circulaba por la Avenida del Libertador, desde una cuadra antes de llegar al frente del edificio, advirtió un amontonamiento de gente con pancartas y carteles que gritaba y golpeaba las palmas de sus manos. Bajó allí mismo para no soportar el bochorno de descender delante de la multitud. Se fue acercando a paso lento para poder leer los reclamos y escuchar lo que a viva voz gritaban:

"Federico Bianchi-Augusto Urrutia-Leandro Mansilla-USUREROS ESTAFADORES", "Bianchi, Urrutia, Mansilla devuelvan lo que nos robaron", rezaban los carteles.

Un móvil de ATC "Argentina Televisora Color", se estacionaba en la puerta mientras Mariana se escabullía entre la gente y lograba entrar al edificio, sin que nadie pudiera relacionarla con su padre.

Ya en el departamento, intentó calmar a Julia. La obligó a recostarse y tomar uno de los relajantes que su médico le había indicado, mintiéndole que ya se estaba solucionando todo y que lo que le había dicho Leandro era verdad. Se quedó a su lado hasta comprobar que se hubiera dormido y se dirigió hacia la cocina.

Rosalía no lograba entender qué era lo que estaba pasando. Cuando Mariana le contaba la escena que había tenido que enfrentar al llegar al edificio, recordó el móvil del canal que llegaba y encendió el televisor.

En el noticiero del mediodía un periodista reportaba a uno de los manifestantes, quien denunciaba que bajo la pantalla del Estudio Contable Urrutia & Bianchi funcionaba una financiera que desde hacía unos años prestaba dinero a tasas usurarias, tomando en garantía las viviendas o

fábricas de sus clientes. En un contexto de crisis económica como la que se vivía en esas épocas, muchos empresarios y particulares, que no tenían acceso a créditos bancarios, caían en las redes de esos inescrupulosos. Al enterarse por la televisión, se habían sumado otros manifestantes que habían hecho inversiones en mesas de dinero, sin recibir los intereses prometidos o, peor aún, sufrían demoras en el rescate de las sumas entregadas.

Mariana no podía creer lo que veía y escuchaba. Recordó entonces los incesantes viajes de Federico y aquella discusión que había oído entre Leandro y su padre. Otra venda caía de sus ojos, sumiéndola en una tristeza muda que

inundaba sus ojos y su alma. Rosalía acariciaba su cabello, mientras parada a su lado apoyaba la cabeza de su niña en su pecho. Sentía su corazón sangrar al verla tan angustiada, sin encontrar palabras que pudieran consolarla. Nuevamente su padre y su novio la herían con intensidad.

–Marianita, ¿y si hablás con ellos? Quizás haya una explicación o se trate de un error. Podría no ser tan así como esa gente dice.

–No, Rosa. No quiero más mentiras ni excusas. Yo venía sospechando que algo raro estaba pasando. En su momento lo indagué a Leandro y me dio a entender que yo veía fantasmas, pero nunca terminé de creerle. Fui una tonta, una estúpida que viví rodeada de comodidades creyendo en el trabajo honesto de papá, orgullosa de él y de su profesión. Cada vez que intuí algo, hice como el avestruz, escondiendo mi cabeza, negándome a ver la realidad. Esa realidad que ahora me hunde y me lastima. Doy gracias a Dios que me fui a tiempo, que no tengo que vivir más bajo este techo, bajo su ala, mantenida por su dinero sucio y mal habido, con la complicidad de mamá –se lamentó rompiendo en llanto.

–Julia no debía estar al tanto de todo eso. Tu papá nunca quería hablar de trabajo en la casa –le respondió Rosalía intentando poner paños fríos.

–Mirá, Rosa, es muy cómodo llevar una vida de reina y no involucrarte en nada. Intuye la relación de mi papá con Inés y mira para otro lado; se enteró de la existencia de Javier y lo perdonó; nunca jamás va al Estudio a buscarlo, ni pregunta nada, ni se cuestiona por qué mi papá no hace el más mínimo comentario sobre nada de la oficina. Yo, siendo mucho más joven e inmadura que ella, vi señales; hace casi veinticinco años que duerme con él, pero nunca sabe nada.

Rosalía no tuvo respuesta a tan acertadas reflexiones. Era indudable que su Marianita era mucho más madura que su madre. Sin ser capaz de negarle nada, aceptó quedarse hasta que Augusto regresara. Comprendía que ella no quisiera enfrentarse con su padre; no era el momento para decir todo lo que guardaba dentro y, sea como fuere, temía por la salud de Julia, cuya presión últimamente andaba por las nubes.

Paula regresaba de la oficina radiante de felicidad. El Estudio había ganado uno de los juicios más importantes de los últimos años, asignando una gratificación extra a cada uno de los empleados. Si bien la carga de trabajo había sido anterior a su ingreso, la habían incluido en el reparto del incentivo. Decidió compartirlo con su amiga, comprando los tocinos del cielo de la confitería "Los Dos Chinos", que hacían las delicias de ambas.

Entró dispuesta a sorprender a Mariana, que ya estaría por terminar de dar su clase de piano, cuando la oscuridad reinante en esa tarde fría pero soleada llamó su atención. Entró al cuarto que compartían, viendo a su amiga con la nariz enrojecida y un pañuelo arrugado en su mano, sumida en un sueño intranquilo. Era evidente que algo le había ocurrido. Buscó una manta para cubrirla, con la intención de dejarla descansar; ya tendrían tiempo de hablar. A pesar de la suavidad de Paula, Mariana se despertó sobresaltada, al sentir que alguien se acercaba.

–¡No te asustes, Mariana! ¿Qué pasó que estás tan angustiada? –la interrogó sentándose a un costado de su cama, tomando una de sus manos que temblaban al ritmo de los hiepos de su llanto.

–¿No te enteraste?, ¿no viste nada en la tele?

–No sé de qué hablás. ¿Qué pudo ser tan terrible para que lo pasen por televisión? – El desconcierto de Paula era evidente.

–Una vergüenza, un bochorno, mi familia en boca de todos. Escracharon a mi papá, a Leandro y a Federico no sólo en la puerta del Estudio, sino también en mi casa. No sabés lo que fue; lleno de gente gritando, carteles, vecinos, móviles de televisión.

–¿Qué decís? –exclamó frunciendo el ceño y observando a su amiga como si estuviera delirando.

–Los denuncian por usar el Estudio como una pantalla. Al parecer la verdadera actividad era de prestamistas, ahorcando a la gente con los intereses y no sé qué cosa de unas "mesas de dinero", que ni siquiera sé qué son; ¿vos sabés algo de eso? No tengo idea de qué se trata.

–No te puedo creer...–atinó a responder Paula luego de un prolongado silencio–. ¿Vos estás segur

–Me llamó Rosalía cuando estaba por salir para el Conservatorio y fui corriendo a ver a mamá, que estaba totalmente descompensada. Así que no sólo que lo vi en la puerta del edificio al llegar, sino cuando encendí la tele.

–Mariana, ¿no será una cama que les armaron?

–Ojalá fuera así. Mirá, Pauli, yo tenía una intuición de que algo raro había. Una noche en casa escuché una conversación medio rara entre mi papá y Leandro. Algo así como que era un cagón, que se fuera de viaje con Federico no entendí bien para qué. Y ahora que lo pienso, Fede se la pasaba fuera del país...–Se quedó con la vista perdida atando cabos en su mente confundida.

–¿Y adónde iba?

–La mayoría de las veces a Panamá, otras a Uruguay. Creo que también se fue a las Islas Caimán, pero no sé si de vacaciones.

–Ay, Marian...

–¿Qué?, ¿qué pasa? –preguntó Mariana al ver la cara de espanto de su amiga.

–No, nada. Quedate tranquila que ya podrás hablar con ellos y aclarar un poco qué es lo que está pasando.

–¿Vos te pensás que yo voy a hablar con ellos? ¡Ni loca! Cada día me convenzo más de ser una idiota, Paula. Viví en el limbo todos estos años; total, si nada me faltaba. ¿Cómo jamás tuve ni la más mínima inquietud respecto a si se podía ganar tanto dinero como contador? Leandro no viene de una familia de plata, y sin embargo ya se está por comprar un piso en Recoleta y este año cambió su auto por un cero kilómetro, amén de la ropa cara que usa, los perfumes importados, los regalos e invitaciones que me hacía. Tanto para él como para nosotros, no existía la crisis económica ¡Claro, total yo la pasaba bien! Pensar que mi hermano al final fue más afortunado; por lo menos supo lo que mi papá es desde que nació. No vivió engañado como yo.

–¡Basta, Mariana! ¡Por favor dejá de autoflagelarte! ¿Qué ibas a saber, vos? Fuiste una nena mimada y, dentro de la burbuja que te armaron, imposible que te dieras cuenta de nada.

–¡Hipócritas!, ¡eso son! ¡Dos hijos de puta, y que me perdone mi abuela, a quien encima tiró en un geriátrico. Si no fuera a verla yo, la pobrecita se moriría de tristeza! Leandro es una basura, pero lo de mi papá da asco, es imperdonable. ¿Cómo voy a hacer para volver al Conservatorio, para ver a mis alumnos, a nuestros amigos? –las palabras se precipitaban con la furia y el dolor de la traición que la quemaba por dentro.

–Mariana, no fuiste vos la culpable de todas esas cosas. A los amigos les podés explicar, y tanto tus alumnos como en el Conservatorio no conocen a tu papá y el apellido puede ser una coincidencia. ¡Ni se te ocurra agachar la cabeza o dejar de lado tu vocación y tu trabajo! Estás a punto de recibirte, sos una excelente concertista, no te olvides de eso. Es más, ahora que ya te falta tan poco para terminar los estudios, tendrías que reincorporarte a la orquesta, volver a tocar

para el público y disfrutar como lo hacías. ¡Si vos misma te vieras cuando te sentás al piano cada día! ¿Cuántas veces me dijiste que al hacerlo sobre el escenario sentías que te elevabas, que todo a tu alrededor desaparecía y un sentimiento sublime se apoderaba de vos? Si vos ya te olvidaste, ¡yo no! Y no te voy a permitir bajar los brazos, mi amiga del alma.

Mariana se bajó de la cama y abrazó a su confidente tan fuerte como la angustia que en esos momentos la consumía.

—¡Cuánto te quiero y te necesito, Paula!

—Dale, tonta; tanto como yo. Vení al comedor que tengo una sorpresita, bastante más dulce que la que vos me acabás de dar —le dijo guiñándole un ojo y sepárandole los cabellos revueltos que cubrían parte de sus ojos hinchados por el llanto.

La suave luz del atardecer entró al fin por las ventanas, envolviendo la imagen de las dos amigas mientras disfrutaban sus tocinitos del cielo y unos mates amargos. Así eran sus mezclas, en la comida como en la vida.

No te rindas, por favor no cedas,
Aunque el frío queme,
y se calle el viento
Aún hay fuego en tu alma.
Aún hay vida en tus sueños.
Mario Benedetti.

Capítulo 18

Buenos Aires, diciembre de 1984

A las pocas semanas, ya nadie recordaba el caso de "los usureros". Había sido una gota más en el turbulento mar de las noticias que cada día inundaban diarios e informativos. Las consecuencias de la crisis económica provocada por la terrible dictadura militar finalizada hacía apenas un año, el aumento del endeudamiento externo y las aberraciones que iban saliendo a la luz, gracias a la investigación llevada a cabo por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), acaparaban la preocupación e interés de la población. Lo que para Mariana había sido el hundimiento del honor de su familia, en los medios ya había pasado al olvido.

Leandro había intentado en vano explicarle mil razones que ella no estaba dispuesta a escuchar. Definitivamente no era el hombre del que ella se había enamorado. Parecía hecho a imagen y semejanza de su padre, una fachada amorosa y atractiva que ocultaba ambiciones sin límites. Mariana sentía que jamás podría volver a confiar en un hombre.

Javier, con quien cada semana se comunicaba, había viajado a verla luego de escuchar la tristeza y desesperación reflejadas en su voz. Ese fin de semana que habían pasado juntos había sido un bálsamo para su ánimo, una lluvia fresca en el ardor de sus heridas. Él la había precedido en el dolor provocado por Augusto.

A pesar de los múltiples engaños, Julia continuaba compartiendo el techo con su esposo. Contra todo pronóstico, no tomaba decisión alguna. A Mariana la exacerbaba la tolerancia de su madre, increpándola de asumir la posición más cómoda y un silencio cómplice, con tal de mantener su vida en un statu quo.

Ante la insistencia de Paula, Mariana había decidido intentar incorporarse a la orquesta estable del Conservatorio, contando con el apoyo de uno de sus integrantes, quien había sido su maestro cuando estudiaba el Profesorado de Piano. Luego de largas horas, días, semanas y meses ensayando, finalmente la habían convocado para uno de los conciertos. Era tanta su ilusión, que a su amiga no le había importado oír la música en cada rato libre que Mariana se había dedicado a tocar. Parecía que la primavera también había florecido en su ánimo.

Tanto fue su empeño y entusiasmo, que finalmente logró debutar con el Concierto N°1 para piano de Tchaikovski, con un público que la aplaudió de pie. Renaciendo de sus propias cenizas, volvió a sentir esa sensación de absoluta libertad y plenitud que la invadían cuando pisaba un escenario. Poco a poco volvía a ser ella misma, aunque distinta. A fuerza de desencantos, iba convirtiéndose en una mujer fuerte, decidida a arremeter contra todo aquello que amenazara con destruirla.

Tímidos rayos de sol se filtraban por la persiana entreabierta del comedor, bañando de luz los apuntes tantas veces releídos durante esos últimos días. Mariana apenas había logrado pegar un ojo y, desde antes del amanecer, repasaba lo que ya sabía hasta dormida. Estaba a horas de rendir el último examen de su brillante carrera, y aun consciente de que no le había quedado nada sin estudiar, los nervios la dominaban.

Se dio una ducha y, si bien nada añoraba de su vida anterior, reconoció cuánto bien le hubiera hecho uno de aquellos baños con sales en el jacuzzi de la casa de sus padres. Ahuyentando esos pensamientos, se puso un pantalón de vestir negro que estilizaba aun más su figura y una musculosa de seda blanca con bordados oscuros. Unas sandalias que combinaban los mismos colores de su ropa y la cartera haciendo juego, resaltaban su elegancia natural. Secó su cabello, se maquilló muy suavemente y sonrió satisfecha ante la imagen que el espejo le devolvía.

Paula ya estaba en la cocina preparando el desayuno cuando su amiga terminó de arreglarse. Quería compartir ese momento, darle ánimos y desearle todo el éxito que sentía que tanto se merec

Antes del mediodía, Mariana salió del aula con sus ojos inundados de felicidad. Tanto había soñado con el sabor dulce del objetivo logrado y allí estaba, rodeada de sus compañeros y profesores, que no hacían más que felicitarla por el título obtenido con honores; tenía el promedio más alto de esa promoción y, según los rumores que habían salido de la sala de profesores, entre los mejores desde la fundación de la institución.

Sin embargo, una sombra opacaba su alegría. En sus sueños siempre había imaginado el orgullo de su padre, el gran ausente en ese día y en los que vendrían; y no pudo evitar sentir el vacío donde, hasta hacía tan poco tiempo antes, su incondicional amor había llenado casi todos los espacios.

Al llegar al hall, una sorpresa la esperaba. Julia, Paula, Rosalía, algunos de sus compañeros del colegio, amigos y

alumnos corrieron a abrazarla, levantándola en andas y festejando con ella el estrenado triunfo.

Por la noche su amiga la invitó a salir, llevándola engañada a un restaurante donde la esperaba un festejo que Paula había organizado en secreto. Al entrar la recibió Javier con un inmenso ramo de rosas rosadas, blancas y amarillas con una tarjeta escrita de su puño y letra: "Para mi adorada hermana, flamante Profe de Música". Como un acto instintivo buscó con su mirada entre los presentes, sabiendo que no hallaría los dos rostros que buscaba; miró entonces a los ojos a su hermano y vio en ellos el remanso donde morían sus dudas, sintiendo la seguridad de haber tomado la decisión correcta.

Capítulo 19

Entre Ríos, enero de 1985

Javier esperaba ansioso la llegada del micro. Luego de una tenaz insistencia, había convencido a Mariana de pasar unos días de vacaciones en la ciudad de Colón. Su hermana al principio se había negado; no sabía cómo se sentiría al enfrentarse a Ana.

Si bien no olvidaba que había sido con ella con quien Augusto había engañado a su madre siendo novios, no dejaba de reconocer que, a pesar de su embarazo, jamás se había interpuesto en los planes de la pareja, haciéndose cargo de su hijo con absoluta dignidad, cumpliendo la promesa que le había hecho al futuro padre.

Ante la necesidad de pasar unos días con Mariana, contarse sus vidas y recuperar una pequeña parte de tantos años perdidos, Javier tuvo la idea de invitar también a Paula. Así su hermana se sentiría más contenida, por lo menos en ese primer viaje donde aún debían descubrirse e internalizar ese lazo de sangre que comenzaba a latir en los corazones de ambos. A los dos les resultaba imperioso construir su vínculo, esa parte de su identidad que Augusto les había negado.

Recién unos días después de recibirse, Mariana tomó cabal conciencia de los escombros en los que se había convertido el mundo en el que siempre había vivido. Sin exigencias de estudio y con sus alumnos de inglés y piano ya en vacaciones, el tiempo libre le dio acuse de la feroz bofetada con que la vida la había golpeado. La coraza con que había vestido esos días oscuros, en los que debió seguir adelante con sus obligaciones y sostener a su madre, se había hecho añicos dejándola desnuda ante la dura realidad.

—¿Me acompañarías, Pauli? —le preguntó a su amiga con ojos suplicantes—. No sé cómo resultará el encuentro con la madre de Javier. Creo que para las dos va a ser una situación más que difícil; yo soy la hija de quien salió favorecida a la hora en que mi papá tuvo que elegir.

—Yo te acompaño, Marian, pero no te tortures con esos pensamientos. Me contaste que ella es psicóloga, ¿no?

—Sí, se recibió estando ya embarazada de mi hermano y se volvió a Entre Ríos.

—Pensá entonces que ella más que nadie podrá comprender cómo te sentís y que no puede culparte de nada de todo lo que ocurrió. Además Javier te dijo que su mamá está de acuerdo con que hagas ese viaje, que considera muy importante que comiencen a sentirse mucho más cercanos, a vivenciar la hermandad que los une.

—Ojalá sea así. No te imaginás cuánto te necesito, Paula. La vida me recompensa cada día al tenerte tan cerca mío, al contar siempre con tu apoyo y comprensión.

—Hablando de comprensión, vas a tener que remarla con Julia. Tu vieja no se va a tomar nada bien lo del viaje. Ponete firme y no dejes que te manipule. Si fue capaz de no ir al festejo de tu graduación porque sabía que iba a estar Javier, imaginate cuando sepa que vas a ir a su casa y conocer a su madre —le advirtió Paula mientras observaba a su amiga hacer miles de dobleces a la servilleta que había quedado sobre la mesa luego del desayuno, sin poder dominar la ansiedad que sentía.

—¡Ni hablar! Más que remarla, eso va a ser peor que intentar reflotar el Titanic.

Aprovechando la suave brisa del atardecer, que daba algo de alivio a una jornada de calor intenso e inundaba el aire del aroma a jazmines del jardín de su casa, Ana esperaba a las visitas en una de las mecedoras del porche. Estaba expectante y feliz a la vez; su hijo merecía recuperar sus raíces, reconocer en su hermana una parte de su historia. Sabía que no sería fácil para

Mariana, pero confiaba en ir llevando la situación para que se sintiera cómoda y en confianza, consciente de que para ella habría sido un duro golpe enfrentarse a esa realidad.

Javier estacionó el auto en la entrada, mientras su hermana no podía apartar la vista de esa menuda mujer que se les acercaba con una dulce sonrisa, los ojos claros húmedos de emoción y su melena dorada meciéndose con el aire, al ritmo de su andar. Paula, sentada en el asiento trasero, apretó con fuerzas el hombro de su amiga, al percibir el profundo suspiro con que evidenciaba su ansiedad. Su hermano le acarició la mano izquierda, que llevaba apoyada en la rodilla, percibiendo el temblor de su cuerpo.

Los pensamientos se atolondraban en la mente de Mariana, las emociones encontradas amenazaban con dejarla si aliento. Esa mujer de apariencia serena había amado a su padre, le había dado un hijo, había soportado el dolor de transitar sola su embarazo, su parto, su crianza. ¿Y su madre?, ¿cómo se sentiría su madre en ese momento, imaginando ese encuentro? ¿Acaso le estaba siendo desleal? La puerta del auto se abrió, interrumpiendo la tormenta de sus dudas.

–¡Bienvenidas, chicas! –las saludó mientras ambas bajaban del auto.

Felipe, el grandanés de la familia, salió de la casa como un rayo al escuchar las voces, abalanzándose con su ternura torpe sobre Mariana, intentando lamer su cara en señal de bienvenida. Javier amaba a ese animal y supo de inmediato que compartía la emoción de su amo.

–Encantada, señora –respondió Mariana besándola en la mejilla.

–¿Qué es eso de señora? Ana, decime Ana y tuteame, Mariana querida. Sos más bonita aun de lo que Javier me contó –dijo acariciándole el cabello.

–Gracias, Ana –te presento a Paula, mi amiga.

–¿Cómo estás, Paula? ¡Muy bienvenida vos también! Es una alegría tenerlas en casa. Entremos a dejar todo el equipaje y a tomar algo fresco. Después podrán acomodarse tranquilas –las animó mientras entre los cuatro llevaban los bolsos y valijas al interior de la casa.

Los ojos inquietos de Mariana no dejaban de observar todo a su alrededor, como si quisiera descubrir la personalidad de esa mujer que la inquietaba y los gustos de su hermano, en cada ambiente que la dueña de casa les mostraba. Les había preparado un cuarto especialmente para las dos, con un gran ventanal que daba al parque trasero, donde había plantados limoneros, naranjos, mandarinos y flores de diversos colores que ofrecían una alegre y luminosa vista. Dos camas con sendos acolchados con fondo marfil y flores violetas y verdes, combinados con almohadones y cortinas color beige, mesas de luz con veladores de bronce, un amplio ropero, una cómoda adornada con un florero con lavandas y un pequeño escritorio con una silla tapizada en terciopelo lila, hacían de la habitación un lugar cálido y acogedor. Era evidente el esmero con que les había preparado el ambiente. Dejaron su equipaje mientras Ana llevaba a la amplia mesa del jardín una jarra de limonada, mate, unos bizcochos y una torta de mandarinas que ella misma había cocinado para recibir a las invitadas.

Cuando Mariana salió al parque, Ana aprovechó el momento a solas:

–Sé que no es fácil. Estoy feliz de conocerte y dispuesta a responder todas tus dudas; tené absoluta confianza en preguntarme lo que necesites saber y, ante todo, quiero que sepas que jamás quise hacerle daño a nadie de tu familia. Ya tendremos tiempo de conversar de todo eso, si es tu deseo –dijo Ana tomándola de las manos y mirándola dulcemente a los ojos.

–No vine aquí a juzgarte. Javier insistió en que hiciera este viaje. Confieso que me costó decidirme, pero enfrenté mis miedos y acá estoy, para disfrutar de la compañía de Javier, para conocernos más, para saber cómo es eso de tener un hermano. Los dos nos merecemos darle revancha a este vínculo del que mi papá nos ha privado. No sé si quiero hablar del pasado; creo que no. No sé muy bien si es el momento o es mi mecanismo de defensa...

–No te presiones, chiquita –la interrumpió Ana–. El tiempo hará su trabajo y vos decidirás libremente cuando quieras hablar del tema, si es que así lo decidís. Disfrutá ahora de estas vacaciones tuyas y de Javi, relájense y pásenlo bien juntos

Pasaron unos días maravillosos tomando baños de aguas termales, pasando horas de charla bajo la sombra de los árboles y dando largas caminatas. Ni Mariana ni Paula sabían andar a caballo, por lo que Javier poco a poco les enseñó a montar y a cabalgar. Organizaron picnics, partidas de naipes, paseos por el centro de la ciudad y pueblos vecinos. Ana era una excelente anfitriona y, de vacaciones en su consultorio, aprovechó para dedicarse a cocinarles las comidas y postres que más les gustaban y participar de algún que otro plan en familia, dejando que la mayoría de ellos los gozaran entre los jóvenes. Felipe no se perdía ocasión de andar detrás de Mariana; la seguía por todos lados, mirándola como embobado con esos ojazos dulzones y bonachones. Su nueva amiga no le escatimaba caricias, besos y abrazos. Julia nunca le había permitido tener un perro, por pequeño que fuera, y se desquitaba ahora por partida quintuple, en tamaño y cariño.

Por las noches Mariana se dormía con la música que ofrecían los grillos a través de la ventana de su cuarto, meditando en cuánto bien le estaba haciendo ese viaje. Era un bálsamo para sus heridas, una refrescante lluvia en el infierno que se había desatado en su vida. Esa vida que de pronto había sacudido sus cimientos y la había obligado a reconstruirse, a barajar y dar de nuevo, a crecer de golpe y acomodarse a una realidad desconocida.

Puedes creer, puedes soñar.
Abre tus alas, aquí está tu libertad.
Y no pierdas tiempo, escucha el viento
Canta por lo que vendrá,
No es tan difícil que aprendas a volar.

Patricia Sosa

Capítulo 20

Buenos Aires, julio de 1985

Los relámpagos azotaban el cielo con la misma furia con que las dudas acicalaban la mente de Mariana en esa tarde fría de invierno.

Sentadas frente a unas tazas humeantes de té, apenas cortado con unas gotas de leche, una bandeja con scones y mermelada, Julia y su hija fingían una calma que ninguna de las dos sentía. Su madre le preguntaba sobre las clases de música que desde el mes de marzo tenía a cargo en el colegio donde Mariana había egresado, sobre sus alumnos particulares y su amiga Paula. Ninguna de las dos hablaba de lo que sentían; temían ahondar en sus heridas.

Julia lucía más delgada, con un innegable rictus de amargura en su expresión. Salía poco de su casa; su vida social había menguado en la medida que la vergüenza ante el estado público que habían tomado las actividades de su esposo, la había abochornado. Sabía que él seguía siendo infiel, pero ocultaba su certeza en la esperanza de que esa mujer lo abandonara cuando su castillo finalmente se derrumbara. Los juicios avanzaban y tanto sus propiedades como las cuentas bancarias, habían sido embargadas. Aún tenían algunos inmuebles a nombre de testaferros y los honorarios de varios amigos que seguían siendo clientes de confianza.

Leandro se había desvinculado del Estudio, luego de cobrar una importante suma de dinero con la que Augusto y Federico habían intentado comprar su silencio. No sería por mucho tiempo, él también estaba involucrado en la causa.

Rosalía adivinaba que su a su chiquita algo la inquietaba. No era tristeza lo que veía en sus ojos, sino una mezcla de ansiedad que no podía ocultar en esa expresión que ella tan bien conocía.

Mariana extrañaba a su padre; su corazón gritaba lo que su mente negaba. Pero era a ese padre con el que había crecido a quien necesitaba, no al Augusto Urrutia de las noticias, al verdadero, al que ella no aceptaba ni perdonaba. Aquel papá amoroso habría estado orgulloso de la novedad que su hija callaba.

La orquesta estable del Conservatorio Superior de Música Manuel de Falla le había propuesto formar parte de un proyecto de giras por España y Portugal, en el marco de un programa de intercambio cultural. Había recibido la noticia con gran emoción, sólo compartida con Paula, quien de inmediato la había incentivado para que aceptara.

Recién comenzaba a adaptarse a manejar su economía con los tres ceros que el austral le había quitado al peso argentino, y ya tenía que calcular cuántas pesetas necesitaría para viajar; todo un desafío para quien hasta un año antes tenía resuelta su vida entera.

Si bien los ensayos iniciarían al mes siguiente, el comienzo de la gira estaba previsto para el mes de diciembre. No se vería obligada a renunciar al Colegio ni interrumpir las clases particulares de inglés y piano, lo que a su vez le permitiría hacerse de algunos ahorros para sus gastos personales durante el viaje. Sólo le faltaba tomar la decisión de dejar a su familia en medio de los problemas que se acrecentaban. Sabría que no sería fácil para su madre tenerla lejos; si bien cada una no lograba comprender la postura de la otra, Mariana sabía que ella era su principal apoyo. Sus tías estaban pendientes de Julia, pero ella era incapaz de sincerarse y dejar mal parado a su esposo.

Luego de varias reuniones y noches sin dormir, Mariana aceptó la propuesta que tanto la ilusionaba. Era el merecido premio a tantos años de estudio y vocación.

Fue a casa de sus padres a anunciarles sus proyectos; necesitaba aligerar su peso.

Augusto bajó a abrirla, recibéndola con una sonrisa y un abrazo que su hija esquivó con

maestría, reduciendo el saludo a un frío beso en la mejilla. Un silencio incómodo, apenas interrumpido por algunos monosílabos y comentarios banales, los acompañó en el ascensor.

Ya en el departamento, la presencia de Julia dio algo de calidez al encuentro.

—Contanos esos planes y proyectos que tenés; estamos intrigados, Marianita —dijo mientras apoyaba una bandeja con tres pocillos de café y amarettis en la mesita rodeada por los sillones del living.

—Ayer acepté una propuesta que me hicieron para participar en una gira por España y Portugal, con la orquesta del Conservatorio Superior de Música Manuel de Falla. Viajo en diciembre y, en principio, terminaría en abril del año próximo. La semana entrante comenzaré con los trámites para el pasaporte; ya pronto empezarán los ensayos y tendré que administrar muy bien mis tiempos —respondió mirando a Augusto. Sin ser consciente de ello, una vez más buscaba la aprobación de su padre.

—¡Eso es grandioso, hija! —exclamó exultante—. Una oportunidad que no podés dejar pasar. Desde ya que no te preocupes por el dinero, contás...

—No, papá. Cuento con el dinero de mi trabajo. Me pagan los pasajes, alojamiento y comida. Lo que lleve será para mis gastos, algunos gustos que me quiera dar y traer regalos. No necesito más, y no quiero discutir al respecto. Ese tema creo que quedó claro cuando me fui de esta casa —lo interrumpió Mariana con una firmeza que hasta a ella misma sorprendió.

—Me alegro tanto por vos, hija querida. Es un gran orgullo. —Lágrimas de emoción surcaban las mejillas de Julia, sabiendo de antemano el sufrimiento que le daría la ausencia de su Mariana.

—Papá, te pido que en esos meses que yo no esté, cuides de mamá. No la dejes sola y estate atento a sus necesidades; ya bastante tiene con todo lo que tuvo que pasar —le reprochó sin ambages

—¡Mariana! —la reprendió su madre.

—Mariana nada, mamá; ¿hasta cuándo vas a ocultar tu angustia?

—Sé muy bien todo lo que vos y mamá tuvieron que pasar por mi culpa...

—Y Javier, no te olvides, papá —volvió a interrumpirlo indignada.

—Sí, hija, también él. Pero hice todo por ustedes. Equivoqué el camino, lo sé; la ambición me perdió, pero jamás quise hacerles daño alguno.

—No volvamos sobre ese tema; yo vine a otra cosa. No dejás de ser mi papá y ambos tienen que saber lo del viaje. No me pidas que todo vuelva a ser como antes; quizás el tiempo cambie las cosas.

—Te respeto, hija. Sólo quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo —le dijo Augusto con la voz entrecortada.

—Sí, lo sé —fueron las últimas palabras de Mariana antes de levantarse del sillón para ayudar a su madre a levantar los pocillos e ir juntas a la cocina, mientras decidían qué comerían esa noche. Había aceptado quedarse a compartir la cena con sus padres.

Capítulo 21

Madrid, diciembre de 1985

Luego de muchas horas de vuelo sin complicaciones, el avión aterrizaba en el aeropuerto de Barajas. Durante el largo viaje sólo las turbulencias interiores habían sacudido el ánimo de Mariana, a pesar de la ilusión y la felicidad que sentía por esas nuevas puertas que se le abrían.

La imagen de su padre, el abrazo que no evitó en la despedida, el llanto apenas contenido en esos ojos negros donde ahora llevaba grabada la derrota, su cabello que había encanecido de repente, se habían grabado a fuego en su corazón.

Julia y Rosalía le habían dado miles de recomendaciones y consejos hasta el instante mismo del embarque, bajo las miradas y risas cómplices de Mariana y Paula, su sostén en los más duros y felices momentos. Varios amigos y algunos ex compañeros de estudios también la habían acompañado a Ezeiza, demostrándole su cariño y deseándole todo el éxito que tanto merecía.

La zona de pre embarque de Iberia había sido un jolgorio de músicos y acompañantes que se saludaban con algarabía; algunos periodistas de suplementos de cultura y revistas especializadas, junto a decenas de curiosos que observaban a la multitudinaria comitiva.

En la calidez de ese clima de festejo Mariana iniciaba su aventura.

Madrid la cautivó con la majestuosidad de sus catedrales, museos, edificios, plazas, bares y negocios. El clima con sus compañeros era de total camaradería; compartía habitación con dos violinistas unos años mayores que ella, con quienes se sentía muy a gusto y comenzaba a forjar una linda amistad.

Los ensayos eran una fiesta para Mariana, admiraba a los integrantes y director de la orquesta, músicos de gran talento y experiencia de quienes aprendía no sólo su forma de vivir la música, sino también a desenvolverse ante el público.

Tomar distancia, desarrollar su pasión, las natillas, confituras de mazapán, turrones, mariscos y jamones, habían regresado el color a sus mejillas, las medidas a sus suaves curvas y el brillo a su mirada.

Pablo Garrido, un cordobés entrador y ejecutante de oboe, no podía disimular la atracción que Mariana despertaba en él. Solían enredarse en largas charlas y casi siempre coincidían en los paseos que algunos grupos organizaban. Algunas noches se había sorprendido pensando en él, cuando el sueño le era esquivo. Extrañaba tener un amor, pero aún las heridas causadas por Leandro no terminaban de cerrar. Si bien disfrutaba de la compañía y atenciones de Pablo, aún no se sentía capaz de volver a confiar plenamente.

La navidad llegó cubriendo de nieve la ciudad decorada con abetos, luces multicolores y brillantes decoraciones. Entre todos organizaron un magnífico festejo en uno de los salones del hotel, donde no faltaron los regalos que cada uno debía hacer a quien le había tocado en un sorteo que había tenido lugar en los días previos. Sus resultados debían mantenerse en absoluto secreto hasta que el reloj marcara las doce en la Nochebuena. Así se daban ánimos unos a otros, en esa fecha en que la distancia con los afectos se hacía sentir en el alma.

Ya casi nada faltaba para el debut, que se había fijado para el 26 de diciembre, luego de un espectáculo de Villancicos que estaría a cargo de la Orquesta Nacional de España. Luego vendrían Sevilla, Barcelona, Granada, Málaga, Valencia y Salamanca, antes de partir hacia Portugal.

El día del estreno Madrid había amanecido cubierta por la nieve. El invierno había llegado para hacerse sentir; el pronóstico anunciaba bajísimas temperaturas por unos cuantos días. Sin

embargo, la inmensa expectativa y el nerviosismo que aumentaba con el correr de las horas, daban calor a su ánimo. Sus padres, Javier y Paula la habían llamado al hotel para alentarla y augurarle el mayor de los éxitos en la apertura del ciclo de conciertos. Se sentía acompañada por los suyos, dueña del mundo luego de tantos momentos de tristeza.

Al finalizar los villancicos y abrirse nuevamente el pesado telón de terciopelo morado del Auditorio Nacional de Música, sus pensamientos inevitablemente fueron hacia sus padres. Se hubiera sentido feliz viendo a su madre entre el numeroso público, pero su padre tenía restricciones judiciales para salir del país, y Julia se había negado a dejarlo solo en Buenos Aires.

Las arañas de bronce con sus caireles de cristal, iluminaban la amplia sala de suntuosa decoración.

La función fue magistral; los asistentes ovacionaron la calidad del espectáculo. Fue una noche mágica que Mariana llevaría grabada a fuego en sus oídos, sus ojos y su memoria. Un recuerdo imborrable que marcaría el inicio de una nueva vida.

Porque despues de todo he comprendido
que lo que el àrbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado

Francisco Luis Bernàrdez

Capítulo 22

Madrid, febrero de 1986

Pocos días antes de la última función que darían en Madrid, Mariana despertó mareada, con un desgano y debilidad que no le permitieron asistir al ensayo. Se quedó en el hotel haciendo reposo; necesitaba tomarse un día de descanso para reponer energías.

Por la tarde, cuando Leticia y María, sus compañeras de habitación, regresaron del Auditorio, la encontraron desvanecida en el borde de su cama; la palidez de su rostro y sus suaves manos de largos y delicados dedos se sentían húmedas y frías. Intentaron despertarla mojándole el rostro y haciéndole oler un frasco de perfume, sin resultados. Si bien su respiración se sentía serena, no lograban hacerla volver en sí.

La ambulancia no demoró en llegar, a pesar del tráfico en las calles céntricas de la ciudad. Al movilizarla para subirla a la camilla, abrió los ojos confundida; recién en el trayecto, acompañada por Leticia, recobró el conocimiento y la presión arterial, que le había bajado considerablemente, volvió a ser normal. Dos camilleros la ingresaron de prisa en la Emergencia del Hospital Puerta de Hierro-Majadahonda.

Luego de revisarla, hacerle análisis de sangre, estudios cardiológicos y neurológicos, y de interrogar a Mariana respecto a si había estado sometida a cambios bruscos o grandes emociones en los últimos tiempos, los médicos le diagnosticaron un síncope producido por un alto grado de estrés. Le indicaron que permaneciera un rato en observaciones, hasta tanto se sintiera más recuperada.

Dormitaba en una pequeña sala, cuando el murmullo de las voces de los médicos que hacían el cambio de guardia la sobresaltó. Se incorporó en la cama, desorientada, intentando abrir sus párpados pesados, creyendo ver a un fantasma. Un hombre de expresivos ojos grises y sonrisa de ángel la miraba desde los pies de su cama, pronunciando su nombre como hacía tiempo nadie lo había hecho.
—Mariana, no puedo creerlo, ¿qué estás haciendo acá?, ¿cómo llegaste?, ¿qué te pasó? —Las preguntas se precipitaban en la voz grave del médico que tomaba una de las manos de la paciente entre las suyas, mientras intentaba acomodarle el alboroto de su suave cabello.

—¡Rodrigo! Dios mío, jamás imaginé reencontrarnos en estas circunstancias. Yo te creía de vuelta en Buenos Aires... —dijo sin poder dar crédito a lo que veía y oía.

—No volví más. Me ofrecieron trabajar aquí terminada mi beca y no lo dudé. No sólo por mi profesión; nunca dejé de pensarte, Mariana y supe que te habías puesto de novia con alguien cercano a tu papá. ¿Qué iba a hacer en la Argentina? ¿Pero qué hacés vos en Madrid?

—Estoy participando en un ciclo cultural de conciertos por varias ciudades de España y Portugal; en dos días salimos para Sevilla. Muchas emociones fuertes; hoy me descompensé y me trajeron al hospital. Parece un juego del destino, Rodrigo.

—¿Tu novio viajó con vos? —preguntó intuyendo la respuesta que terminaría con sus recién renovadas esperanzas.

—No, no hay novio. Una muy triste historia; muchos problemas que ni siquiera podrías imaginar. Mi vida entera dio un giro insospechado; me fui de casa. Estoy viviendo en un departamento que alquilamos con Paula —le explicó con tristeza.

—No te angusties ahora. Voy a leer bien el informe que me dejó mi compañero del turno anterior. Lo que menos quiero es darte el alta para que te vayas, Mariana, pero acá nunca se sabe cómo se va a presentar la noche, y vos necesitás descansar.

Ella lo miraba arrobada, enfundado en su ambo blanco niveo con ese aire tan profesional y

atractivo a la vez. *"Qué distinto hubiera sido todo si no hubiera renunciado a vos"* , pensó en silencio.

Al cabo de un momento Rodrigo volvió con el certificado de alta firmado y una tarjeta con su dirección y teléfono.

–Si mañana te sentís bien, te paso a buscar para ir a cenar, ¿dale? Y si no, podemos quedarnos en mi departamento, preparo algo liviano para comer y charlamos. Sería como una internación domiciliaria –propuso guiñándole un ojo como solía hacer cuando quería convencerla de algo.

–¿Vos no estás de novio?, supongo que no habrás estado solo todo este tiempo –quiso saber Mariana antes de ilusionarse por el inesperado reencuentro.

–Sólo alguna que otra relación que no llegó a nada. Las pocas mujeres con que lo intenté perdieron por knock out al compararlas con vos. No voy a negarte que el paso del tiempo y la distancia fueron aliviando la angustia de los primeros meses, pero jamás pude borrarte de mi piel y de mi alma. En dos días dejás Madrid y me enloquece saber que vuelvo a perderte.

–Siento que nunca nos alejamos, como si nada nos hubiera separado, como si no hubiera tomado la estúpida decisión de quedarme atada a mi familia, dejándote ir para sufrir los dos. Te dejo una tarjeta del hotel, Rodrigo. Verte fue mi mejor medicina, a pesar de que también me inquieta saber que será por poco tiempo.

La voz de la enfermera llamando al Doctor Rodrigo Acevedo los interrumpió. Leticia preguntaba ansiosa por su amiga; hacía rato que esperaba la autorización para entrar a la habitación a ver Mariana. La emoción los había aislado del mundo.

–La paciente ya sale de alta. Haga pasar a su acompañante así la ayuda a retirarse. Cuídese, señorita Urrutia, que ande muy bien y no se olvide de las indicaciones que le di –la saludó con otro de esos guiños que enloquecían a Mariana, dándole un suave beso en los labios mientras la enfermera se retiraba de la habitación.

EPÍLOGO

Madrid, agosto de 1993

Las risas provenientes del jardín se colaban a través de las ventanas, junto a los rayos de sol de la tarde. Rosalía parecía haber rejuvenecido algunas décadas, escondiéndose entre los árboles y espiando divertida cómo su niño la buscaba. Mariana se asomó a observarlos, viendo al pequeño correr por el parque con sus piernas regordetas y sus ojitos negros de tupidas pestañas y mirada vivaz; esos ojos que parecían ser el sello de los hombres de su familia.

Volvió al sillón del escritorio, tomó su block, una lapicera del portalápices de madera tallada y comenzó a escribir:

Mi muy querido hermano:

Aprovecho una tregua en el trajín del día para acortar la distancia que nos separa; Iñaki está entretenido con Rosa corriendo por el parque y Rodrigo tiene consultorio hasta tarde.

No te imaginás la emoción que sentí cuando me contaste que finalmente papá y vos habían logrado un encuentro. Sé que nada va a devolverte la ausencia que sentiste durante tantísimos años, pero por lo menos la vida te dio la oportunidad de poder acercarse alguna vez. Para mi mamá no debe haber sido fácil enfrentar el momento, ha sido tanto lo soportado en silencio, la adoración y amor sumiso que siempre le ha demostrado, pero que nunca dudé de que algún día aceptara tu visita. El tiempo siempre hace su trabajo, poniendo a cada uno en su lugar, y justo es que te haya demostrado arrepentimiento y rogado tu perdón. No es suficiente, lo sé; pero al menos pudiste escucharlo.

Desde que volvimos de las vacaciones tu ahijado duerme abrazado al perrito de peluche que le regalaste, y todos los días pregunta si vas a venir con la tía Lau y la abu Ana. Para él todas son abus: Julia, Ana, Rosa. Poco a poco iré explicándole para que no se haga un lío en su cabeza. ¡Ay, hermanito, no te imaginás lo que es mi panzota! Pasaron tan de prisa los meses. Ayer fui al control; gracias a Dios todo va muy bien. En poco más de un mes tendremos a Pilar en brazos. Pauli llegará unos días antes; su esposo se quedará a cargo del Estudio. Para mí será una gran compañía; siempre tan incondicional y generosa. Rodrigo no podrá tomarse muchos días de licencia en el hospital y mi mamá, como siempre, no quiere dejar a papá solo. Ahora menos que nunca, estando tan enfermo. Imaginate que también vamos a tener que estar pendientes de Iñaki, acostumbrado a ser el rey de la casa; Rosalía no podría con todo.

Por ahora la familia ocupa todos mis pensamientos, pero ya llegará el momento en que deba reorganizarme y retomar mi trabajo en el Conservatorio. Por suerte en el verano se suspenden los conciertos y tuve un poco de alivio en estos dos últimos meses. El cruel de tu cuñado dice que con mi redondez no llegaría a acercarme al teclado, ¿a vos te parece?

Escribime prontito, Javi; contame cómo están Laura y tu mami. Extraño tanto a mi Argentina, mis afectos. A veces el destino nos sorprende y nos abraza en su mágico rescate. Todo tiene su precio en esta vida, pero siento que hoy estoy en paz; la recompensa valió la pena.

Me harían tan feliz si la próxima navidad pudieran venir a pasarla con nosotros. Con Rodri planeábamos bautizar a Pilar para esa fecha y nos gustaría que Laura fuera su madrina. No le cuentas nada todavía; yo la voy a llamar para decírselo directamente a ella; así que por ahora guardá el secreto y escondé esta carta. Es por eso que te la enviaré a tu consultorio. ¡Te sorprendí, eh!

¡Espero noticias tuyas antes de que tu sobrina ande berreando y me tenga sin dormir!

Te quiero con el alma.
Mariana

Fin.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, que lee con amor cada uno de mis escritos, me alienta y acompaña siempre.

A mi queridísima Gabriela Exilart, porque sin ella nada de esto hubiera sido posible. Porque más allá de una talentosa escritora y profesora, es un ser de luz que me brinda su amistad y generoso apoyo.

A María Laura Romero, ilustradora de lujo y amiga, que apenas con una sinopsis de la historia, diseñó esta maravillosa portada, interpretando su esencia en el primer intento. Sin duda alguna, los ángeles guían sus manos.

A Silvina Ruffo, quien tanto me ha enseñado en su Taller de Novela.

A Gabriela Romero, por su envío con esa frase que quedará para el recuerdo.

A María Border, por la infinita paciencia con que me guió para hacer posible la publicación de esta novela.

Al Grupo de Lectoras Marplatenses, que me incentiva y da fuerzas.

A mis compañeros de los Talleres de Escritura Creativa y Novela, a cargo de Gabriela Exilart, de quienes aprendo mientras disfrutamos y nos acompañamos en esta pasión.

A Dios, siempre, y sobre todas las cosas.